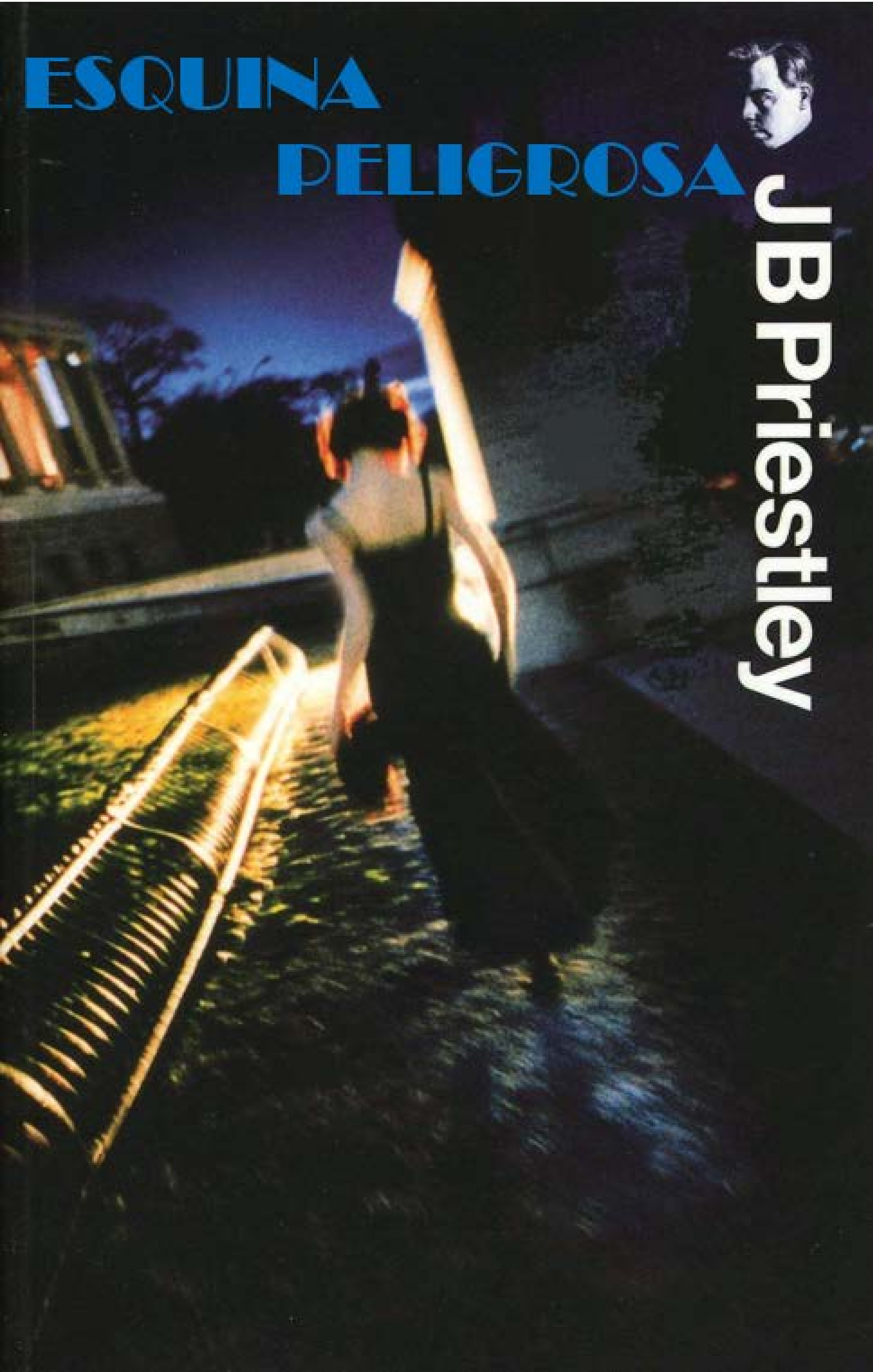

ESQUINA
PELIGROSA
JB Priestley

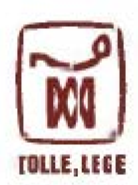
J. B. PRIESTLEY

ESQUINA PELIGROSA

(DANGEROUS CORNER)
COMEDIA EN TRES ACTOS



Traducción del inglés por
AURORA BERNARDEZ



AGUILAR



J.B. Priestley

ESQUINA PELIGROSA

(DANGEROUS CORNER)

COMEDIA EN TRES ACTOS

Traducción de

AURORA BERNARDEZ



ESQUINA PELIGROSA fue estrenada en el Lyric Theatre, de Londres, a principios del verano de 1932. Tuvo mala acogida en la Prensa, y tres días más tarde, un sábado, me dijeron que era preciso retirarla del cartel. Si hubiera accedido a ello, es muy dudoso que se hubiese vuelto a oír hablar de la obra. Pero no accedí, y, desde entonces, la obra se ha representado en todo el mundo, desde el Artico hasta el Amazonas, e incluso ahora mismo debe de estar representándose todas las noches en una docena de teatros. Nunca ha sido una de mis obras favoritas, pues me parece simplemente una ingeniosa caja de sorpresas que construí para demostrar—puesto que era mi primera comedia—que podía pensar y crear como un dramaturgo y no necesariamente como un novelista, y también para poner en práctica el artificio de dividir el tiempo en dos partes, mostrando así lo que podía *haber sucedido, idea que siempre me ha fascinado.*

Esta obra fue estrenada en mayo de 1932, en el Lyric Theatre, de Londres, con el siguiente reparto:

ROBERT CAPLAN	Richard Bird.
FREDA CAPLAN	Marie Ney.
BETTY WHITEHOUSE	Isla Bevan.
GORDON WHITEHOUSE	William Fox.
OLWEN PEEL	Flora Robson.
CHARLES TREVOR STANTON	Frank Allenby.
MAUD MOCKRIDGE	Esme Church.

Dirigida por TYRONE GUTHRIE.

Escenario: Salón de la casa de Caplan, en Chantbury Close.

Los actos II y III, iguales que el acto I.

ACTO PRIMERO

El telón se levanta con el escenario a oscuras. Se oye la detonación de un revólver, algo apagada, seguida por un grito de mujer; luego, un minuto de silencio. Después de un corto intervalo, FREDA dice, irónica: «¡Vaya!», y enciende las luces que hay sobre la repisa de la chimenea. Es una mujer bella y vivaz, de unos treinta años. Permanece de pie junto a la repisa durante uno o dos segundos. OLWEN, una criatura morena, distinguida, aproximadamente de la misma edad que FREDA, está sentada en una silla cerca de la chimenea. BETTY, una jovencita encantadora, está echada en un sofá, y MISS MOCKRIDGE, prototipo de la novelista activa de mediana edad, se encuentra sentada en medio de la habitación. Todas visten de noche; evidentemente han estado escuchando la radio —que se encuentra sobre la mesa—y esperan que los hombres vengan a hacerles compañía. FREDA avanza para apagar la radio cuando el LOCUTOR, con su voz profesional, dice:

LOCUTOR.—Acaban de escuchar un drama en ocho escenas, escrito especialmente para la radio por Humphrey Stoat, titulado «El perro dormido».

FREDA.—*(Dirigiéndose lentamente hacia la radio.)* Bueno, se acabó. Espero que no se habrá aburrido, miss Mockridge.

MISS MOCKRIDGE.—De ninguna manera.

BETTY.—No me gustan los dramas ni las charlas pesadas; me agrada la música para bailar; y a Gordon también.

FREDA.—*(Apagando la radio.)* ¿Sabe usted, miss Mockridge? Cada vez que viene, mi hermano Gordon no hace más que molestarme tratando de sintonizar música bailable.

BETTY.—Me encanta apagar a los conferenciantes solemnes y pomposos... Simplemente, extinguirlos.

MISS MOCKRIDGE.—¿Cómo se titulaba ese drama?

OLWEN.—«El perro dormido».

MISS MOCKRIDGE.—¿Y por qué «El perro dormido»?

BETTY.—Porque tuvieron que permitirle que se echara (1).

FREDA.—¿A quién?

BETTY.—Bueno, todo el mundo decía mentiras, ¿no es cierto? O las había dicho.

MISS MOCKRIDGE.—¿Cuántas escenas perdimos?

OLWEN.—Cinco, creo.

---

(1) Juego de palabras con *to lie* (echarse, tenderse) y *lies* (mentiras).

MISS MOCKRIDGE.—Supongo que habrán dicho muchas mentiras en esas escenas. Por eso estaba tan enojado aquel hombre. El esposo, quiero decir.

BETTY.—¿Cuál era el esposo? ¿El de la voz gangosa?

MISS MOCKRIDGE.—*(Vivamente.)* Sí, era gangoso y se pegó un tiro. Muy patético, sin duda.

FREDA.—Demasiados gangosos.

MISS MOCKRIDGE.—También ellos son un poco patéticos. *(Se ríen mientras desde el comedor llega amortiguada una explosión de risa de los hombres.)*

BETTY.—¡Escuchad!

MISS MOCKRIDGE.—Deben de estar festejando alguna indecencia.

BETTY.—No, chismes nada más. Los hombres son muy chismosos.

FREDA.—Ya lo creo que sí.

MISS MOCKRIDGE.—Y hacen bien. La gente que no gusta de los chismes carece de interés por sus semejantes. Siempre insisto en que mis editores chismorreen.

BETTY.—Sí, pero los hombres fingen hablar de negocios.

FREDA.—Ahora que los tres son directores de la firma, tienen una magnífica excusa.

MISS MOCKRIDGE.—Naturalmente. Creo, miss Peel, que usted debería casarse con el señor Stanton.

OLWEN.—¡Oh! ¿Por qué?

MISS MOCKRIDGE.—Para completar este cuadro. Tendríamos entonces «tres pares de esposos y esposas enamorados». Estuve pensándolo durante la cena.

FREDA.—Ya lo ves, Olwen.

MISS MOCKRIDGE.—Hasta yo misma sería capaz de casarme con Charles Stanton para formar parte de este círculo encantador. ¡Qué grupito tan armonioso el de ustedes!

FREDA.—¿De veras?

MISS MOCKRIDGE.—¿O no es armonioso?

FREDA.—*(Con una risita casi imperceptible.)* ¡Grupito armonioso! ¡Qué espanto!

MISS MOCKRIDGE.—Nada tiene de espantoso. Me parece adorable.

FREDA.—Suena como algo repugnante.

BETTY.—Sí. Como Dickens o una tarjeta de Navidad.

MISS MOCKRIDGE.—Y bien lindas son esas cosas. En estos días, casi demasiado buenas para ser reales.

BETTY.—*(Aparentemente divertida.)* ¿Y por qué habrían de serlo?

OLWEN.—No sabía que fuera usted tan pesimista, miss Mockridge.

MISS MOCKRIDGE.—¿No lo sabía? Entonces no lee las críticas de mis libros. Debería hacerlo, ya que es empleada de mis editores. Me quejaré a los tres directores cuando vengan. *(Ríe suavemente.)* Es cierto, soy pesimista. Pero no quería decir eso, naturalmente. Creo que este lugar es maravilloso.

FREDA.—Es cierto; esto es bastante lindo. Hemos tenido suerte.

OLWEN.—Es encantador. No me gusta nada la idea de marcharme. *(A* MISS MOCKRIDGE.) ¿Sabe?... Ahora trabajo en la oficina de la ciudad, no aquí, en la imprenta; pero vengo tan a menudo como puedo.

MISS MOCKRIDGE.—Estoy segura de que es así. Debe de ser muy agradable estar tan bien instalados.

BETTY.—Bastante lindo.

MISS MOCKRIDGE.—*(A* FREDA.) Pero me imagino que todos han de extrañar a su cuñado. Estaba aquí con ustedes, ¿verdad?

FREDA.—*(Con visible molestia.)* ¿Usted se refiere a Martin, el hermano de Robert?

MISS MOCKRIDGE.—Sí, Martin Caplan. Me encontraba por entonces en América y no supe exactamente qué sucedió. Fue algo horrible, ¿verdad? *(Una pausa;* BETTY *y* OLWEN *miran a* FREDA; MISS MOCKRIDGE *observa a las demás.)* ¡Oh! ¿He dicho algo inoportuno? Siempre lo hago.

FREDA.—*(Muy tranquila.)* No, de ninguna manera. Fue penoso para nosotros entonces, pero ya pasó. Martin se pegó un tiro. Hace casi un año; es cierto, ocurrió en junio pasado. No aquí, sino en Fallows End, a unas veinte millas. Había alquilado una casa de campo en aquel lugar.

MISS MOCKRIDGE.—¡Ah, sí!... Algo horrible, desde luego. Creo haberlo encontrado solo dos veces. Recuerdo que me pareció muy divertido y simpático. Era muy buen mozo, ¿verdad? *(Entran* STANTON *y* GORDON. STANTON *tiene aproximadamente cuarenta años; sus modales son medidos; es un poco sardónico.* GORDON, *de unos veinte años, es un muchacho atrayente y excitable.)*

OLWEN.—Sí, muy buen mozo.

STANTON.—*(Condescendiente y jovial.)* ¿Quién es muy buen mozo?

FREDA.—Tú, no, Charles.

STANTON.—¿Puede saberse, o se trata de un gran secreto entre ustedes?

GORDON.—*(Tomando la mano de* BETTY.) Se referían a mí. Betty, ¿por qué permites que hablen de tu marido en forma tan ardiente? ¿No tienes vergüenza, nena?

BETTY.—*(Oprimiéndole la mano.)* Querido, estoy segura de que has abusado de la conversación masculina y del «brandy». Tienes la cara roja e hinchada..., la cara típica de un financiero. *(Entra* ROBERT. *Cuenta unos treinta años y es muy guapo. No se aceptarán siempre sus opiniones, pero es inevitable quererlo.)*

ROBERT.—Lamento llegar tan tarde, Freda. Pero ese condenado cachorro tuyo...

FREDA.—¡Oh! ¿Qué ha hecho ahora?

ROBERT.—Quería comerse el original de la nueva novela de Sonia Williams y temí que enfermara. Puede apreciar, miss Mockridge, cómo hablamos de usted, los novelistas.

MISS MOCKRIDGE.—Sí, lo he oído. Estaba diciendo que ustedes forman un grupo encantador.

ROBERT.—Me alegro de que le parezca así.

MISS MOCKRIDGE.—Creo que todos han tenido mucha suerte.

ROBERT.—Estoy de acuerdo. La hemos tenido.

STANTON.—No es solo suerte, miss Mockridge. Vea usted: sucede que todos tenemos muy buen carácter.

ROBERT.—*(Bromeando con exageración.)* Con excepción de Betty... Ella es terriblemente salvaje.

STANTON.—Eso se debe a que Gordon no la castiga todavía lo suficiente.

MISS MOCKRIDGE.—Observe, miss Peel: míster Stanton es un soltero cínico. Me parece que, en cierto sentido, echa a perder el conjunto.

STANTON.—Miss Peel no puede permitirse el lujo de contestar. Se ha trasladado a la oficina de Londres, abandonándonos.

OLWEN.—Vuelvo aquí todas las veces que me invitan.

GORDON.—Pero todavía no podemos decidir si viene por Robert o por mí. De todos modos, nuestras esposas se ponen celosas.

BETTY.—*(Riendo.)* ¡Oh, terriblemente!

GORDON.—*(Manejando la radio.)* ¿Qué perturbaciones hay en esta noche? ¿Alguien lo sabe?

FREDA.—Vamos, Gordon. No vuelva a encenderla. Acabamos de apagarla.

GORDON.—¿Qué escucharon?

FREDA.—La última parte de un drama.

OLWEN.—Se titulaba «El perro dormido».

STANTON.—¿Por qué?

MISS MOCKRIDGE.—No lo sabemos con exactitud... Tenía algo que ver con mentiras y con un hombre que se pegaba un tiro.

STANTON.—Cómo se divierten en la B. B. C.

OLWEN.—*(Que ha estado pensando.)* Creo comprender ahora ese drama. El perro dormido era la verdad, y ese hombre..., el esposo..., insistió en molestarle.

ROBERT.—Obró perfectamente bien.

STANTON.—¿Te parece? Quién sabe... Me resulta una idea muy acertada... La verdad como un perro dormido.

MISS MOCKRIDGE.—*(Despreocupada.)* Lo cierto es que perdemos mucho tiempo diciendo y representando mentiras.

BETTY.—*(Con su mejor expresión de candor.)* Pero tenemos que hacerlo. Yo estoy siempre mintiendo. Lo hago todo el día.

GORDON.—*(Siempre con la radio.)* Lo haces, querida, lo haces.

BETTY.—Es el secreto de mi encanto.

MISS MOCKRIDGE.—*(Severamente.)* Es muy posible. Pero nos referíamos a algo mucho más serio.

ROBERT.—Serio o no, creo que la verdad debe ser revelada. Es saludable.

STANTON.—Pienso que decir la verdad es tan saludable como resbalar mientras doblamos una esquina a noventa kilómetros.

FREDA.—*(Entre maliciosa y enigmática.)* Y la vida tiene muchas esquinas peligrosas..., ¿verdad, Charles?

STANTON.—*(Un competidor digno de cualquiera de los otros.)* Puede tenerlas... si no se elige la ruta con acierto. Mentir o no mentir... ¿Qué opinas, Olwen? Tú pareces muy sabia.

OLWEN.—*(Muy seria.)* Estoy de acuerdo contigo. Creo que decirlo todo es peligroso. Lo importante es que hay verdades y verdades.

GORDON.—Siempre lo he pensado. Hay cosas y cosas.

STANTON.—Cállate, Gordon. Continúa, Olwen.

MISS MOCKRIDGE.—Sí..., continúe.

OLWEN.—*(Reflexiva.)* Bueno..., la auténtica verdad..., es decir, cada cosita, sin esconder absolutamente nada, no sería peligrosa. Me imagino que esa es la verdad de Dios. Pero lo que la mayoría de la gente entiende por verdad, lo que decía ese hombre en la radio, es solamente la mitad de la auténtica verdad. No explica lo que ocurre en el interior de cada uno. Simplemente, expone una cantidad de hechos que estaban ocultos y que, probablemente, sería mejor que continuaran ocultos. Es una cosa bastante traicionera.

GORDON.—Sí, como las suciedades que extraen de todos en los tribunales. «¿Dónde estaba usted en la noche del veintisiete de noviembre pasado? Conteste sí o no.»

MISS MOCKRIDGE.—*(Con ganas de discusión.)* No estoy convencida, miss Peel. Estoy dispuesta a conocer lo que usted llama la mitad de la verdad..., los hechos.

ROBERT.—También yo. Completamente de acuerdo.

FREDA.—*(Enigmática.)* No me extraña en ti, Robert.

ROBERT.—¿Qué quieres insinuar, Freda?

FREDA.—*(Con indiferencia.)* Todo, nada. Hablemos de algo más divertido. ¿Quién quiere beber algo? Bebidas, Robert. Y cigarrillos.

ROBERT.—*(Examinando la caja de cigarrillos que está sobre la mesa.)* Aquí no hay.

FREDA.—En esta quedan algunos. *(Levanta la cajita de música para cigarrillos de la mesa.)* Miss Mockridge, Olwen... ¿Un cigarrillo? *(Ofrece la caja.)*

OLWEN.—*(Mirando la caja.)* ¡Oh, me acuerdo de esta caja! Toca una melodía, ¿verdad? Sí, la marcha nupcial, ¿no? *(Abre la caja, toma un cigarrillo, y la caja ejecuta su versión encantadora y tintineante de la «Marcha nupcial».)*

ROBERT.—Es buena, ¿verdad?

FREDA.—*(Cerrando la caja.)* No es posible que recuerdes esta caja. Es la primera vez que la muestro. Perteneció a otra persona.

OLWEN.—Era de Martin, ¿verdad? El me la mostró. *(Un breve silencio; ambas mujeres se miran fijamente.)*

FREDA.—No es posible que te la haya mostrado, Olwen. No estaba en su poder la última vez que lo viste.

STANTON.—¿Cómo sabes que no la tenía, Freda?

FREDA.—Eso no tiene importancia. Lo sé. Martin no pudo haber mostrado esa caja a Olwen.

OLWEN.—¿No pudo? *(Mira a* FREDA *significativamente durante*

un segundo; luego cambia de actitud.) No, quizá no pudo. Me habré confundido, supongo. Habré visto la caja en otro lugar y se la atribuí al pobre Martin porque siempre le gustaron esas cosas. (FREDA *se aleja.)*

ROBERT.—Olwen, voy a ser un poco grosero, pero sé que no te molestará. Tú sabes que repentinamente dejaste de decir la verdad, ¿no? Estás absolutamente segura de que esta es la caja que Martin te mostró, de la misma manera que Freda está igualmente segura de que no lo es.

OLWEN.—Bueno, ¿y qué importancia tiene?

GORDON.—*(Manejando la radio.)* Ninguna, absolutamente. Estoy tratando de conseguir música bailable, pero este aparato ha decidido no funcionar.

ROBERT.—*(Con irritación.)* Entonces, déjalo en paz.

BETTY.—No le grites a Gordon.

ROBERT.—Encárgate tú de él, entonces. No, supongo que no importa, Olwen; pero, después de lo que decíamos, se me ocurrió que se trataba de una situación extraña y provocativa.

MISS MOCKRIDGE.—*(Ansiosa de divertirse.)* Exactamente lo que yo pensaba. Muy provocativa. Algo más sobre esa caja de cigarrillos, por favor.

FREDA.—Todo esto es perfectamente sencillo.

OLWEN.—Aguarda un minuto, Freda. No creo que todo sea perfectamente sencillo; pero no veo que pueda importar ahora.

FREDA.—No te comprendo.

ROBERT.—Yo tampoco. Primeramente, Olwen, tú dijiste que no podía tratarse de la misma caja; y ahora agregas que no todo es perfectamente sencillo, insinuando que existen grandes misterios. Creo que ocultas algo, Olwen, y me extraña en ti. O esa caja era de Martin o no lo era.

STANTON.—*(Con su mezcla personal de buen humor y brutalidad.)* ¡Oh, al diablo con la caja!

BETTY.—Pero, Charles... Nos gustaría saber...

MISS MOCKRIDGE.—Pero, míster Stanton...

STANTON.—Lo siento. Odio las cajas de música. Olvidemos esto.

GORDON.—*(Con súbita amargura.)* Sí, y también a Martin. No está aquí... y nosotros estamos todos, calentitos y cómodos... un grupo tan encantador.

ROBERT.—Cállate, Gordon.

GORDON.—No hablemos de Martin ni pensemos en él. Es de mal gusto: está muerto.

FREDA.—Bueno, no hay necesidad de que te pongas histérico, Gordon. Oyéndote hablar, uno creería que Martin era propiedad tuya.

BETTY.—En cambio, nadie poseía a Martin. Se pertenecía a sí mismo. Tenía sentido común.

ROBERT.—*(Que no logra entender.)* ¿Qué significa eso, Betty?

BETTY.—*(Riendo.)* Significa que me estoy portando estúpidamen-

te, y que todos están diciendo tonterías, y que voy a tener un buen dolor de cabeza de un momento a otro.

ROBERT.—¿Eso es todo?

BETTY.—¿No es suficiente? *(Le sonríe.)*

ROBERT.—Sigue, Freda.

FREDA.—Me gustaría que no fueras tan absurdamente insistente, Robert. Es muy simple el asunto de la cigarrera. Vino de la casa de Martin junto con otras cosas suyas. La guardé, y esta es la primera vez que la uso aquí. Ahora bien: la última vez que Olwen estuvo en Fallows End fue aquel sábado, cuando fuimos todos..., ¿recuerdas?..., a principios de junio.

GORDON.—*(Con profunda y auténtica emoción.)* ¡Dios..., sí! ¡Qué día aquel!... Y una noche maravillosa, ¿verdad? Estuvimos todos sentados en el jardín durante horas, y Martin nos habló de esa gente ridícula de Cornwall con la que había estado, la de los tejidos a mano.

BETTY.—Sí... y de la mujer muy alta y delgada, que repetía a cada paso: «¿Pertenece usted?»

GORDON.—*(Con profunda sinceridad.)* No creo haber disfrutado nunca de un día mejor. Nunca tendremos otro igual.

ROBERT.—Sí, fue un día muy bueno. Aunque no entiendo por qué te excitas tanto, Gordon.

FREDA.—Y nadie más lo entiende. Gordon parece resuelto a ponerse histérico cada vez que se menciona a Martin.

BETTY.—Sospecho que la causa es el «brandy» de Robert. Y esos vasos enormes. Se le suben a la cabeza.

GORDON.—Pues... ¿y adónde quieres que se suban?

ROBERT.—*(A* FREDA.) Lo importante es, entonces, que aquel primer sábado de junio fue la última vez que Olwen estuvo en casa de Martin.

FREDA.—Sí, y yo sé que él no tenía esa cigarrera.

ROBERT.—No, la hubiera mostrado en caso de tenerla. Para decir la verdad, no recuerdo haberla visto en su casa. De modo, Olwen, que aquí estamos.

OLWEN.—*(Con una sonrisa incierta.)* Aquí estoy.

ROBERT.—Pero, demonios, ¿qué quieres decir con «aquí estoy»?

OLWEN.—*(Sonriéndole con afecto.)* Eres un niño, Robert. No sé dónde estoy. En todo caso, espero, fuera del asiento de los testigos.

MISS MOCKRIDGE.—No, por favor. Sería demasiado decepcionante.

BETTY.—*(Reflexionando.)* ¿Sabes?... Esa no fue la última vez que estuviste en casa de Martin, Olwen. ¿No recuerdas? Tú y yo fuimos el domingo siguiente por la tarde para consultar a Martin acerca de esos aguafuertes.

OLWEN.—Sí.

ROBERT.—Sí, es verdad.

BETTY.—Pero no recuerdo que te haya mostrado la cigarrera. En realidad, yo no la vi antes.

STANTON.—En cuanto a mí, no la vi antes y no espero volver a verla. ¡Tanto alboroto por nada!

FREDA.—Yo no estaría tan segura, Charles. *(A* OLWEN.) Pero puedo decirte, aunque solo sea para terminar de una vez, que, de todos modos, Martin no pudo haberle mostrado la caja ese domingo porque no la tenía.

STANTON.—*(Con malicia.)* Parece que sabes mucho acerca de esa caja, Freda.

GORDON.—Es lo que iba a decir. ¿Por qué adoptas ese aire de sabelotodo acerca de la cigarrera?

BETTY.—*(Triunfal.)* ¡Ya sé! Porque tú se la regalaste. *(Todos miran a* FREDA.)

ROBERT.—¿Tú se la diste, Freda?

FREDA.—*(Con calma.)* Sí; yo se la regalé.

ROBERT.—¡Qué extraño! No quiero decir que sea extraño que le hayas regalado una cigarrera... ¿Por qué no habrías de hacerlo? Pero es extraño que no lo hayas dicho nunca. ¿Dónde la conseguiste?

FREDA.—*(Dominando aún la situación.)* Todo es muy sencillo. ¿Recuerdas aquel sábado tan horrible? Tú te quedaste en el centro y yo fui también a pasar el día. Vi la cigarrera, por casualidad, en Calthrop. Era muy graciosa y barata, de modo que la compré para Martin.

ROBERT.—Y de Calthrop se la enviaron a Martin a Fallows End. Así que no la recibió hasta el domingo.

FREDA.—Sí.

ROBERT.—Bueno, todo está aclarado.

GORDON.—Lo siento, Freda; pero no es tan sencillo como parece. No debes olvidar que yo estuve aquel domingo con Martin, en su casa.

ROBERT.—Bueno, ¿y qué hay con eso?

GORDON.—Pues yo estaba allí cuando llegó el cartero, por la mañana. Recuerdo que Martin recibió un paquete de libros de Jack Brookfield... No me olvido de aquella mañana, y tú tampoco la olvidarías si hubieras tenido que sufrir aquella maldita investigación policíaca. Pero la cigarrera no llegó.

FREDA.—Supongo que se la habrán llevado por la tarde. ¿Qué importancia tiene?

GORDON.—Ninguna importancia, Freda; salvo que en Fallows End el correo no reparte paquetes por la tarde.

FREDA.—Si hay, los reparten.

GORDON.—No.

FREDA.—*(Bruscamente.)* ¿Cómo lo sabes?

GORDON.—Porque Martin solía quejarse de eso; me dijo que siempre recibía sus libros y manuscritos con un día de retraso. Esa cigarrera no llegó por la mañana, porque le vi abrir todo lo que entregó el correo; y tampoco pudo haber sido entregada por la tarde. Freda, no creo que le hayan mandado la caja desde esa

tienda del centro. Tú misma se la llevaste a Martin. Fue así, ¿verdad?

FREDA.—*(Enfurecida.)* Eres un idiota, Gordon.

GORDON.—Es posible. Pero recuerda que no fui yo quien empezó esto. Tú se la llevaste a Martin, ¿verdad?

ROBERT.—¿Fue así?

FREDA.—*(Tranquilizándose rápidamente.)* Pues bien: si insisten en saberlo..., yo la llevé.

ROBERT.—¡Freda!

GORDON.—Me lo suponía.

ROBERT.—*(Con sorpresa.)* Pero, Freda..., si estuviste en casa de Martin para darle la caja después que se fue Gordon, fuiste la última persona en verlo, solamente unas horas antes de..., antes que se pegara el tiro.

FREDA.—Es cierto: lo vi entre la hora del té y la de la cena.

ROBERT.—¿Por qué nunca dijiste nada? ¿Por qué no te presentaste a la Policía? Podías haber aportado tu testimonio.

FREDA.—Pude haberlo hecho; pero ¿para qué? ¿De qué hubiera servido? Ya bastaba con que Gordon tuviera que pasar por eso.

GORDON.—Fue algo infernal.

FREDA.—Si hubiera servido a Martin, me habría presentado. Pero no hubiera sido de utilidad para nadie.

STANTON.—Es cierto. Tenías toda la razón.

ROBERT.—Sí, lo comprendo. Pero ¿por qué no me lo dijiste a «mí»? ¿Por qué lo has escondido, por qué escondiste eso para ti sola durante todo este tiempo? Fuiste la última persona que habló con Martin.

FREDA.—¿Fui la última persona?

ROBERT.—Tiene que haber sido así.

FREDA.—¿Y qué me dicen de Olwen?

ROBERT.—¿Olwen?... ¡Oh!... La cigarrera.

FREDA.—Sí..., claro... La cigarrera. Martin no recibió la caja hasta después del té, aquel sábado por la noche. Y Olwen admite que él se la mostró.

BETTY.—*(Que se siente molesta.)* No, no lo admitió. Dijo que se trataba de otra caja. Propongo que lo aceptemos y no se hable más de esto.

MISS MOCKRIDGE.—No, no..., mistress Whitehouse...

BETTY.—Sí, terminemos. Es un error machacar sobre esto.

STANTON.—Yo la apoyo.

ROBERT.—Y yo no.

BETTY.—¡Ah! Pero, Robert...

ROBERT.—Lo siento, Betty... Aunque, de todas maneras, nada tienes que ver con esto y no puede perjudicarte. Pero Martin era mi hermano; no me gustan estos misterios y tengo derecho a saber.

OLWEN.—Muy bien, Robert. Pero ¿es necesario que lo sepas ahora mismo?

FREDA.—*(Fríamente.)* No creo que sea necesario. Mas tampoco

veo la necesidad de que me hayan hecho sufrir un interrogatorio con la aprobación unánime de todos los presentes. Pero ahora que te toca a ti, Olwen, no dudo de que Robert será más blando.

ROBERT.—No sé por qué dices eso, Freda.

OLWEN.—Estoy segura de que no lo sabes, Robert.

FREDA.—*(Desquitándose.)* Será mejor que lo admitas, Olwen. Martin te mostró esa caja, ¿verdad? De modo que tienes que haberlo visto, tienes que haber ido a su casa aquel sábado por la noche.

OLWEN.—Sí, es cierto que me mostró la caja. Fue después de cenar, alrededor de las nueve de la noche de aquel sábado.

ROBERT.—*(Lleno de asombro.)* ¿Tú también estuviste allí? Pero esto es una locura... Primero, Freda; ahora, tú. Y ninguna de las dos dijo una palabra.

OLWEN.—Lo siento, Robert. Simplemente, no podía.

ROBERT.—Pero ¿qué hacías allí?

OLWEN.—Estaba preocupada por... algo..., algo que oí... Había estado preocupada durante días y al fin me fue imposible continuar soportándolo. Comprendí que era necesario que viera a Martin para interrogarlo acerca de aquello. De modo que fui hasta Fallows End. Comí en el camino y llegué a su casa exactamente antes de las nueve. Nadie me vio llegar, nadie me vio salir... Tú sabes que aquel es un paraje muy tranquilo. Al igual que Freda, pensé que no serviría de nada decírselo a la Policía... y no lo hice. Eso es todo.

ROBERT.—Pero no puedes despreocuparte del asunto de esa manera. Debes de haber sido la última persona que habló con Martin; es forzoso que sepas algo de lo sucedido.

OLWEN.—*(Fatigada.)* Todo ha terminado ahora. Te lo ruego, Robert... *(Cambiando de actitud.)* Además, estoy segura de que estamos aburriendo a miss Mockridge con todas estas tonterías.

MISS MOCKRIDGE.—*(Vivamente.)* ¡Oh, no; me divierte... muchísimo!

OLWEN.—No queremos discutirlo, ¿verdad, Freda? No hay nada que deba ser discutido. Todo terminó.

ROBERT.—*(Que ha estado cavilando. Con énfasis.)* Pero escucha, Olwen: hay algo que debes decirme. ¿Tu visita de aquella noche a Martin tenía alguna relación con la compañía? Dijiste que estabas preocupada por algo.

FREDA.—¡Robert, te lo ruego!...

ROBERT.—Perdóname, pero necesito saberlo. Ese «algo», ¿tenía que ver con las quinientas libras que faltaban?

GORDON.—*(Excitado.)* ¡Por Dios! No mezcles el asunto del dinero en esto. No vamos a remover aquello nuevamente. Martin se ha ido. Dejadlo tranquilo, ¿eh?, y no habléis más de ese sucio dinero.

FREDA.—Cállate, Gordon. Esta noche te estás comportando como un chico histérico. *(A* MISS MOCKRIDGE.*)* Lo siento.

GORDON.—*(Entre dientes.)* Es verdad. Le pido disculpas, miss Mockridge.

MISS MOCKRIDGE.—*(Levantándose.)* No tienen por qué. Pero creo..., si no lo toman a mal..., que... se ha hecho tarde.

FREDA.—¡Oh, no!

ROBERT.—Aún es temprano.

MISS MOCKRIDGE.—Los Patterson prometieron mandar su coche para recogerme. ¿Saben si ha llegado?

ROBERT.—*(Asomándose a la puerta.)* Sí, lo oí llegar cuando salimos del comedor. Le dije al hombre que esperara en la cocina. Voy a avisarle.

FREDA.—*(Consciente de la ironía de la situación.)* Pero ¿es necesario que se vaya?

MISS MOCKRIDGE.—Sí, creo que debo irme. Hay, por lo menos, media hora de viaje hasta casa de los Patterson. Y supongo que no les agradará que su auto y su chófer permanezcan fuera hasta tarde. *(Estrechando la mano de* FREDA.*)* Muchísimas gracias. *(Dando la mano a* OLWEN.*)* Ha sido maravilloso ver de nuevo a todos ustedes... Forman un grupo tan encantador... *(Dando la mano a* BETTY.*)* Adiós, mistress Whitehouse, adiós. *(Da la mano a* STANTON.*)*

FREDA.—*(Encaminándose hacia la puerta.)* Creo que ha dejado su abrigo en mi habitación. Iré a traérselo.

MISS MOCKRIDGE.—*(Desde la puerta.)* Adiós.

TODOS.—Adiós.

FREDA.—*(Saliendo.)* Me han dicho que se divirtió mucho en Norteamérica... *(Las dos mujeres salen y se cierra la puerta.* OLWEN *mira los libros en los estantes.* BETTY *va hacia el piano y toma un cigarrillo.* STANTON, *luego de lanzar un suspiro de alivio, se sirve un vaso de bebida.)*

GORDON.—Por fin se ha ido.

BETTY.—Dios mío, sí. Lo lamento, pero no puedo soportar a esa mujer. Me recuerda demasiado a la profesora de geometría que teníamos en Lorsdale.

STANTON.—Siempre desconfié de tu geometría, Betty. ¿Quieres un trago, Gordon?

GORDON.—No, gracias.

STANTON.—Es raro... Pero es necesario reconocer que no es mala novelista. No quiero decir que sus obras se vendan mucho; pero escribe bien. ¿Por qué siempre habrán de tener algo desagradable los buenos novelistas?

GORDON.—Me doy por vencido. Pero no creo que Maud Mockridge sea una buena novelista, Stanton.

BETTY.—Me imagino que debe ser muy chismosa.

STANTON.—Lo es. Tiene fama de serlo. Y por eso hubiera sido mejor callarse. Le hará adiciones a esa historia de la cigarrera y antes de una semana la conocerá todo Londres. Para empezar, los Patterson la oirán esta noche. Debe de haber sufrido mucho por tener que marcharse y perder el resto.

GORDON.—No se hubiera ido si esperara escuchar algo más. Pero ya tiene una buena base. *(Con una risita.)* Es probable que mañana empiece una nueva novela con todos nosotros como personajes.

BETTY.—*(Con coraje.)* Bien, por lo que a mí respecta, tendrá que emplear algo de imaginación.

STANTON.—Lo mismo digo. Tal vez nos adjudique los vicios más espantosos, Betty.

BETTY.—*(Riendo.)* No podrá hacer mucho con lo que acaba de oír. Después de todo, ¿por qué no habría de llevar Freda una cigarrera a Martin? ¿Y por qué Olwen no iba a ir a visitarlo?

OLWEN.—*(Hojeando perezosamente un libro.)* Sí, ¿por qué no?

BETTY.—¡Oh, había olvidado que estabas ahí, Olwen! ¿Puedo preguntarte algo? Al fin y al cabo, creo no haber preguntado nada a nadie hasta ahora, ¿verdad?

OLWEN.—Puedes preguntar. No prometo contestarte.

BETTY.—Entonces, correré el riesgo. ¿Estabas enamorada de Martin, Olwen?

OLWEN.—*(Firmemente.)* Decididamente, no.

BETTY.—Me lo imaginaba.

OLWEN.—Para decir verdad, para ser absolutamente franca, le tenía cierta antipatía.

BETTY.—Sí, me lo imaginaba.

GORDON.—Tonterías. Nunca creeré eso, Olwen. Es imposible que Martin te fuera antipático. Agradaba a todo el mundo. No quiero decir que no tuviera defectos, pero en él no contaban. Era una persona así. Tenías que quererlo. Era Martin.

BETTY.—En otras palabras, tu dios. Gordon, ¿sabéis?, literalmente lo adoraba. ¿No es cierto, querido?

STANTON.—Bueno, podía resultar muy fascinador. Y, sin duda, era muy inteligente. Debo admitir que desde que estamos sin él, la compañía no es la misma.

GORDON.—Ya lo creo.

BETTY.—*(Burlándose.)* ¿Y cómo podría ser de otro modo? (OLWEN *devuelve el libro a la biblioteca. Entra* ROBERT*; va hasta la mesa, se sirve una copa.* FREDA *lo sigue y toma un cigarrillo.)*

ROBERT.—Ahora podemos aclarar esto.

OLWEN.—¡Oh, no! Por favor, Robert.

ROBERT.—Lo siento, Olwen. Pero ahora quiero saber la verdad. Hay algo muy raro en toda la historia. Primero, Freda va a visitar a Martin y no dice una palabra. Luego vas tú, Olwen, y tampoco lo cuentas. Algo no marcha. Ambas estáis ocultando otras cosas. Creo que ya es hora de que alguien comience a decir la verdad... para variar.

FREDA.—¿Tú siempre dices la verdad, Robert?

ROBERT.—Trato de hacerlo.

STANTON.—*(Con ironía.)* Un tipo noble. Pero no esperes demasiado de nosotros, simples mortales. Perdona nuestras debilidades.

FREDA.—*(Con repentina malicia.)* ¿Qué debilidades?

STANTON.—*(Encogiéndose de hombros.)* Las que gustes, mi querida Freda. Comprar cajitas de música para cigarrillos, por ejemplo. Estoy seguro de que eso es una debilidad.

FREDA.—*(Con intención.)* O hacer un uso excesivo de las casitas de campo. Creo que también eso, en ciertas circunstancias, puede calificarse de debilidad.

STANTON.—¿Te refieres a la casa de Martin? Raras veces estuve.

FREDA.—No, no pensaba en la casa de Martin. Debo de haber pensado en otra..., tal vez en la tuya.

STANTON.—*(Mirándola fijamente.)* Perdóname; pero no te entiendo.

ROBERT.—*(Exasperado.)* ¡Veamos! ¿De qué estáis hablando? ¿Ahora empiezas tú, Stanton?

STANTON.—Por cierto que no. *(Ríe.)*

ROBERT.—Bueno; quiero llegar al fondo de lo sucedido con Martin. Y quiero hacerlo ahora.

GORDON.—¡Por Dios! ¿Otra investigación policíaca?

ROBERT.—No sería necesaria si hubiéramos dicho la verdad cuando se hizo la otra. Y tú eres quien debe hablar, Olwen. Fuiste la última persona que estuvo con Martin. ¿Por qué fuiste a verlo? ¿Por el dinero que faltaba?

OLWEN.—Sí, por eso.

ROBERT.—¿Sabías que lo había tomado él?

OLWEN.—No.

ROBERT.—Pero ¿lo sospechabas?

OLWEN.—Pensé que era probable que él lo hubiera tomado.

GORDON.—*(Con amargura.)* Todos se mostraron condenadamente dispuestos a creerlo.

BETTY.—*(Acuciante.)* Gordon: quiero irme en seguida a casa.

ROBERT.—¿Tan temprano, Betty?

BETTY.—Tendré un terrible dolor de cabeza si me quedo un momento más. Me voy a casa..., a la cama.

STANTON.—Si Gordon quiere quedarse, yo te acompañaré, Betty.

BETTY.—*(Acercándose a Gordon.)* No; quiero que Gordon venga conmigo.

GORDON.—*(Levantándose.)* Está bien. Iré. Pero aguarda un minuto.

BETTY.—*(Con un grito histérico.)* ¡Te digo que quiero irme ahora! ¡Llévame a casa!

ROBERT.—¿Qué te ocurre, Betty?

BETTY.—No sé. Debo de ser estúpida.

GORDON.—Muy bien. Nos marcharemos. *(La sigue.* FREDA *se levanta.)*

STANTON.—Yo también me voy.

ROBERT.—Betty, siento terriblemente que todo esto te haya trastornado. Yo sé que, de todas maneras, nada tiene que ver contigo.

BETTY.—*(Apartándolo de su camino y corriendo hacia la puerta.)* Basta, basta... ¿Por qué no dejas las cosas como están? *(Sale y cierra con un portazo.)*

STANTON.—*(Desde la puerta.)* Dejaré a estos chicos en su casa y después iré a la mía.

OLWEN.—*(Irónica.)* Es usted muy amable...

STANTON.—*(Sonriendo, con aspereza.)* Buenas noches. *(Sale. Los tres que quedan se agrupan junto a la chimenea. La habitación adquiere una atmósfera de intimidad.)*

ROBERT.—Y ahora, Olwen, ¿puedes decirme exactamente por qué corriste de aquella manera para hablar con Martin acerca del dinero que faltaba?

OLWEN.—Todos estamos diciendo la verdad ahora, ¿no?

ROBERT.—Eso es lo que quiero.

OLWEN.—¿Y tú, Freda?

FREDA.—*(Con fatiga.).* Sí, sí, sí. No me importa. ¿Qué importancia puede tener?

ROBERT.—*(Nuevamente perplejo.)* Es una curiosa manera de encararlo.

FREDA.—¿Lo crees así? Bueno; a veces, Robert, soy una mujer rara. Apenas me conoces.

OLWEN.—Tú iniciaste todo esto, Robert. Ahora te toca a ti. ¿Me dirás la verdad?

ROBERT.—¡Por Dios! Sí..., claro que lo haré. Detesto todos estos estúpidos misterios. Pero no es mi turno. Te he preguntado algo y todavía no me respondiste.

OLWEN.—Ya lo sé. Pero voy a hacerte una pregunta antes de contestar a la tuya. Hace tiempo que deseaba hacerlo. Y nunca tuve la oportunidad, o nunca me animé. Ahora, da lo mismo, ya no importa. Robert: ¿fuiste tú quien tomó el dinero?

ROBERT.—*(Asombrado.)* ¿Si lo tomé yo?

OLWEN.—Sí.

ROBERT.—Pues claro que no. Debes de estar loca, Olwen. (OLWEN *ríe con alivio.)* Y si lo hubiera hecho, ¿crees que hubiera permitido que el pobre Martin asumiera la responsabilidad? Pero el dinero lo tomó Martin, claro está. Todos lo sabemos.

OLWEN.—¡Oh, qué estúpida he sido!

ROBERT.—No comprendo. Tenías que saber, con seguridad, que el culpable era Martin. No es posible que hayas estado sospechando de mí durante todo este tiempo.

OLWEN.—Y, sin embargo, lo pensé. Y no solamente eso..., sino que me he estado torturando con esa idea.

ROBERT.—Pero ¿por qué, por qué?... Al diablo con todo esto... No tiene sentido. Podría haber tomado el dinero... Supongo que todos, en ciertas circunstancias, somos capaces de hacerlo... Pero por nada del mundo hubiera permitido que otra persona..., y me-

nos que nadie Martin..., asumiera la responsabilidad. ¿Cómo puedes creerme capaz de un acto semejante? Te creía mi amiga, Olwen..., una de mis mejores y más viejas amigas.

FREDA.—*(Tranquila y audazmente.)* Es mejor que conozcas la verdad, Robert.

OLWEN.—*(Muy agitada.)* ¡No, Freda! ¡Te lo ruego! ¡Por favor!

FREDA.—*(Siempre tranquila, tomando de un brazo a* OLWEN.) ¿Por qué no? ¿Qué importa? Es mejor que lo sepas, Robert... Y no me explico cómo puedes ser tan ciego..., no ver que Olwen no es tu amiga.

ROBERT.—Claro que lo es.

FREDA.—No. Es una mujer que te ama... Lo que resulta muy distinto. Hace años que está enamorada de ti.

OLWEN.—*(Angustiada.)* Freda, lo que haces es injusto. Es cruel, cruel...

FREDA.—No te hará daño. El quería la verdad. Que la oiga.

ROBERT.—Lo siento mucho, Olwen. Supongo que he sido muy estúpido. Siempre hemos sido buenos amigos, siempre te he apreciado mucho...

OLWEN.—¡Cállate, cállate! Freda: lo que has hecho es imperdonable. No tenías derecho a decirlo.

FREDA.—Pero es verdad, ¿no? Querías la verdad, Robert; ahí la tienes. Por lo menos, parte de ella. Hace muchísimo tiempo que Olwen está enamorada de ti. No sé exactamente cuánto; pero lo he descubierto hace, por lo menos, dieciocho meses. Las esposas. sabes, siempre se dan cuenta de estas cosas. Y no solamente eso. Ahora te diré lo que he deseado decirte desde hace mucho... Que te considero un tonto por no darte cuenta, por no haber correspondido a Olwen, por no haber tomado una decisión enérgica mucho antes. Si alguien te ama así, disfrútalo, por Dios; aférrate a ese amor, trata de sacarle el máximo... antes que sea demasiado tarde.

OLWEN.—*(Mirándola fijamente.)* Freda, ahora comprendo.

FREDA.—¿Comprendes qué?

OLWEN.—Te comprendo a ti. Debí haberlo comprendido antes.

ROBERT.—Si te refieres a que ahora comprendes que Freda no me quiere mucho..., tienes razón. No hemos sido muy felices juntos. Por algún motivo nuestro matrimonio no tuvo éxito. Nadie lo sabe.

FREDA.—Claro que lo saben.

ROBERT.—¿Quieres decir que lo has confesado a ellos?

FREDA.—No, no dije una palabra. Si cuando dices «ellos» te refieres a las gentes que conocemos íntimamente..., nuestro grupo..., no ha sido necesario decirles nada.

ROBERT.—Pero Olwen ha dicho que acaba de darse cuenta.

OLWEN.—*(Dulcemente.)* No, Robert; eso ya lo sabía. Era otra cosa la que yo...

ROBERT.—Bueno; ¿qué cosa?

OLWEN.—Prefiero no explicarlo. *(Aparta la mirada.)*

FREDA.—¿Quieres mostrarte noble, Olwen? No tenemos necesidad de eso, ya lo sabes. Hemos superado la nobleza.

OLWEN.—*(Agitada.)* No, no es eso. Es que... no puedo hablar de ciertas cosas. Tienen algo horrible para mí. Yo no podría decir por qué.

FREDA.—*(Mirándola fijamente.)* ¿Algo horrible?

OLWEN.—Sí, verdaderamente horrible. No hablemos de esa parte del asunto.

FREDA.—Pero, Olwen...

OLWEN.—Lamento haber dicho que lo comprendía. Lo dije sin pensarlo. Perdón.

FREDA.—Está bien. Pero ahora será necesario hablar del dinero. Dijiste haber creído siempre que Robert lo había tomado.

OLWEN.—Me pareció que tenía que haber sido así.

ROBERT.—Pero si lo creías, ¿por qué no dijiste nunca una palabra?

FREDA.—Robert..., ¿no comprendes por qué ella no podía hablar?

ROBERT.—¿Quieres decir... que me estaba protegiendo?

FREDA.—Es claro.

ROBERT.—Olwen..., lo siento muchísimo. No tenía la menor idea. Aunque me resulta increíble que pudieras pensar eso de mí y, sin embargo, seguir queriéndome lo suficiente para no hablar.

FREDA.—No tiene nada de increíble.

OLWEN.—Por eso dije que he vivido torturada.

FREDA.—*(Con énfasis.)* Si una está enamorada de alguien..., pues está enamorada. Y ese alguien podrá hacer toda clase de cosas, ser totalmente despreciable..., y lo perdonaremos o, simplemente, no lo tomaremos en cuenta. Por lo menos, hay mujeres capaces de eso.

ROBERT.—No te imagino actuando así, Freda.

FREDA.—*(Recobrando su aplomo.)* No. Pero hay muchas cosas mías que no te imaginas. Solo quería decir esto, Olwen. Si creías que Robert había tomado ese dinero, ¿sabías entonces que Martin era inocente?

OLWEN.—Sí. Estaba segura..., después de hablar con él aquella noche..., de que no lo había hecho.

FREDA.—*(Amargamente.)* Y nos dejaste pensar que era culpable.

OLWEN.—Ya sé, ya sé. Pero me pareció que entonces ya no tenía importancia. No podía perjudicar a Martin. El ya no estaba, nada podía perjudicarle. Y sentí que era necesario callarme.

ROBERT.—¿Por mí?

OLWEN.—Sí, Robert.

ROBERT.—Pero Martin «tiene» que haber sido el culpable.

OLWEN.—No.

ROBERT.—Por eso hizo lo que hizo. Creyó que lo habían descubierto. Era muy nervioso... Siempre lo fue, pobre muchacho. Y, sencillamente, no se atrevió a afrontar las consecuencias.

OLWEN.—No, no se trataba de eso. «Tenéis» que creerme. Estoy segurísima de que Martin nunca «tocó» ese dinero.

FREDA.—*(Anhelante.)* Siempre me pareció extraño que pudiera haberlo hecho. Martin era un hombre capaz de eso..., de hacer algo cruel algunas veces. Pero no un ladronzuelo prudente y astuto. No estaba en su carácter. Y no le interesaba tanto el dinero.

ROBERT.—Gastaba mucho. Estaba seriamente entrampado, ¿sabes?

FREDA.—Es cierto. Pero justamente por eso. No le importaban las deudas; podía haber seguido alegremente entrampado. El dinero no tenía importancia para él. Tú eres distinto. Detestas estar entrampado.

OLWEN.—Sí, esa fue una de las razones que me llevaron a pensar que tú...

ROBERT.—Sí, lo entiendo. Aunque creo que esos hombres a quienes no les importa el dinero, que no se preocupan por sus deudas, son generalmente los que se sirven del dinero ajeno.

FREDA.—Tal vez, pero no en forma baja y artera. Ese no era el carácter de Martin.

ROBERT.—*(Haciendo una pausa reflexiva.)* ¡Quién sabe...! Olwen, ¿cómo llegaste a pensar que yo había tomado el dinero?

OLWEN.—Porque el mismo Martin estaba seguro de que era así. Me lo dijo.

ROBERT.—*(Atónito.)* ¿Martin te lo dijo?

OLWEN.—Sí. Fue lo primero que comentamos.

ROBERT.—Martin creyó que había sido yo. Pero él me conocía...

FREDA.—Tú pensabas que él era el ladrón. Parece que tampoco lo conocías bien.

ROBERT.—Sí, pero es distinto. Existían circunstancias especiales. Y me habían dicho algo. Además, nunca estuve totalmente seguro. No llegué a convencerme hasta que se mató.

OLWEN.—*(Con creciente excitación.)* ¿Dices que te contaron algo? Pero también a Martin le contaron algo. Prácticamente, le dijeron que tú habías robado el cheque.

ROBERT.—*(Mirándola fijamente.)* ¡Dios mío!

OLWEN.—¿Y sabes quién le dijo que tú habías tomado el cheque?

ROBERT.—Ahora puedo adivinarlo.

FREDA.—¿Quién?

ROBERT.—*(Con furia.)* Fue Stanton, ¿verdad?

OLWEN.—Sí, Stanton.

ROBERT.—Pero Stanton me dijo que Martin había robado el cheque.

OLWEN.—Por Dios, él...

FREDA.—¡Ah, pero él...!

ROBERT.—Prácticamente, llegó a probarlo. Dijo que no quería delatar a Martin..., que todos debíamos permanecer unidos, y cosas por el estilo.

OLWEN.—¿No comprendéis? Le dijo lo mismo a Martin. Y Martin nunca me lo hubiera dicho si no estuviera seguro de que yo...; bueno..., de que jamás te delataría.

ROBERT.—*(Pensativo.)* Stanton.

FREDA.—*(Con decisión.)* Entonces, ¿fue Stanton quien robó el dinero?

OLWEN.—Así parece.

FREDA.—*(Actuando como fiscal.)* Estoy segura de que fue él. Y es perfectamente capaz de eso. ¿Comprendéis? Jugó con los dos, con Martin y Robert. ¿Puede imaginarse algo más vil?

ROBERT.—Sin embargo, no es absolutamente seguro que Stanton haya sido el ladrón.

FREDA.—Claro que lo fue.

ROBERT.—Espera. Aclaremos esto. El viejo Slater necesitaba dinero y míster Whitehouse firmó un cheque al portador por quinientas libras. Slater siempre insistía en que le dieran cheques al portador... Dios sabe por qué. El cheque estaba sobre el escritorio de míster Whitehouse. Slater no vino a la mañana siguiente, como había anunciado; y cuando apareció, tres días más tarde, el cheque ya no estaba. Había sido presentado al Banco y cobrado. Y el Banco no era el que empleaba habitualmente la compañía, porque el cheque correspondía a la cuenta particular de míster Whitehouse. Solo Stanton, Martin o yo podíamos habernos apoderado del cheque..., excepto el viejo amigo Watson, de quien podemos estar seguros. Además..., y esto es importante..., ninguno de nosotros era conocido en esa sucursal bancaria; dijeron que la persona que lo había cobrado tenía aproximadamente la edad de Martin o la mía. Recuerdo que la información era muy vaga, pero eliminaba a Stanton.

OLWEN.—Lo recuerdo. Míster Whitehouse no quiso llevar la identificación más adelante.

FREDA.—No, los quería demasiado a todos. Lo que ocurrió le dolió mucho. No andaba bien de salud entonces.

ROBERT.—Comprendí que sus deseos eran que el ladrón confesara y se marchara.

OLWEN.—Eso me dijo.

FREDA.—También a mí. Era el modo de ser de papá. Pero ¿por qué pensaste que había sido Martin?

ROBERT.—La evidencia nos señalaba a Martin y a mí. Y yo sabía que yo no era el culpable.

FREDA.—*(Lentamente.)* ¿Y Stanton te dijo...?

ROBERT.—Stanton me dijo que había visto salir a Martin de la oficina de tu padre.

OLWEN.—Stanton le dijo a Martin que te había visto salir de esa oficina.

FREDA.—*(Con énfasis.)* ¡Fue Stanton quien se apoderó del dinero!

ROBERT.—*(Furioso.)* Haya tomado o no el dinero, tendrá que

explicar esto. *(Se dirige hacia la puerta, la abre y descuelga el receptor del teléfono.)* No me extraña que no haya aprobado la conversación y se mostrara contento de zafarse. Tiene demasiado que ocultar.

OLWEN.—*(Tristemente.)* Todos tenemos demasiado que ocultar.

ROBERT.—Entonces será necesario que lo expongamos a la luz del día por una vez, aunque nos mate. Stanton tiene que explicar esto. *(En el teléfono.)* Chantbury, uno dos.

FREDA.—¿Cuándo?

ROBERT.—Esta noche.

FREDA.—¿Los harás volver a todos, Robert?

ROBERT.—Sí. *(En el teléfono.)* Hola, ¿eres tú, Gordon? ¿Está ahí, entonces? Bien, quiero que los dos volváis en seguida. Sí, siempre por lo mismo... Es terriblemente importante... Sí, todos estamos implicados. ¡Oh, no, claro que no! Betty puede quedar fuera de esto. (FREDA *y* OLWEN *se miran.)* Muy bien. Venid tan pronto como podáis. *(Deja el teléfono en la mesa del vestíbulo, cierra la puerta, enciende la luz exterior y dice:)* Ya vienen. *(Mientras cae el*

TELON

ACTO SEGUNDO

ROBERT, FREDA y OLWEN se encuentran exactamente en la misma posición que al final del primer acto.

ROBERT.—Van a volver.

FREDA.—¿Todos?

ROBERT.—No; Betty, no. Se va a la cama.

OLWEN.—*(Con cierta amargura.)* Es lista la pequeña Betty.

ROBERT.—No sé por qué empleas ese tono, Olwen... Como si Betty tratara astutamente de librarse de algo. Bien sabes que nada tiene que ver en este asunto.

OLWEN.—¿Lo sé?

ROBERT.—*(Alarmado.)* Bueno, ¿acaso no?

FREDA.—*(Divertida.)* ¡Pobre Robert! Miradlo ahora. Se está diciendo a sí mismo: «Esto es «verdaderamente» serio.» ¡Con qué facilidad nos adelantamos! Es asombroso que podamos tener aún algún secreto.

ROBERT.—Pero..., caramba..., Olwen, no tienes derecho a zaherir a Betty de esa manera. Debes comprender que es mejor mantenerla fuera de todo el asunto.

OLWEN.—Claro; no debemos mancillar su espíritu joven y puro.

ROBERT.—Después de todo, es más joven que nosotros... y es enormemente sensible. Ya visteis cómo estaba poco antes de marcharse. Le era imposible soportar esta atmósfera.

OLWEN.—Pero ese no era...

ROBERT.—Es evidente que tú no la quieres, Olwen. Y no me explico por qué. Ella siempre ha sentido admiración por ti.

OLWEN.—*(Francamente, sin malicia.)* Lo siento, Robert, pero no me es posible retribuir su admiración. Salvo por su cara bonita. No es que no la quiera. Pero me es imposible sentir por ella tanta piedad como me gustaría o debiera.

ROBERT.—*(Extrañado.)* No tienes por qué apiadarte de ella. ¿Acaso es necesario que tú o cualquier otra persona la compadezca?

FREDA.—*(Con sus mejores modales.)* Creo que no, Robert. De todas maneras, parece ser esta la noche destinada a que hablemos sin trabas. Yo también debo considerar un problema urgente, uno de esos problemas que solo las mujeres tienen que afrontar. Si se arrastra a un hombre de regreso a nuestra casa para decirle

que es un embustero, un villano y un traidor, y, posiblemente, un ladrón, ¿no sería correcto prepararle algunos «sandwiches»?

ROBERT.—*(Gravemente.)* No seré yo quien le dé «sandwiches».

FREDA.—*(Burlándose.)* Si no hay sinceridad, no hay «sandwiches»... Ese es tu lema, ¿verdad? Dios mío, qué pesados somos sin Martin. Y cómo se hubiera divertido con todo esto. Habría inventado las culpas más increíbles y extravagantes para confesarlas. ¡Oh, no os pongáis tan terriblemente solemnes! Tratad de mostraros más animados..., aunque solo sea por un momento.

ROBERT.—*(Grave.)* Lamento no poseer tu frivolidad, querida Freda.

FREDA.—Debo sentirme así porque, a pesar de todo, soy el ama de la casa y me es imposible no pensar en frases brillantes y en «sandwiches». *(Se oye sonar un timbre en el vestíbulo.)* Y aquí están. Tendrás que recibirlos tú mismo, Robert. (ROBERT *sale. En cuanto las dos mujeres quedan solas, la atmósfera cambia. Hablan rápidamente en voz baja.)*

OLWEN.—¿Es verdad que lo sabes desde hace mucho tiempo?

FREDA.—Sí, desde hace más de un año. Muchas veces quise decirte algo sobre esto.

OLWEN.—¿Y qué me hubieras dicho?

FREDA.—No lo sé exactamente. Algo estúpido. Pero amistoso, muy amistoso. *(Le toma las manos.)*

OLWEN.—Y yo no adiviné lo tuyo hasta esta noche. Ahora todo me resulta claro. No entiendo cómo no se me ocurrió antes.

FREDA.—Tampoco yo.

OLWEN.—Todo esto es una completa locura, ¿verdad?

FREDA.—Una completa locura. Y a cada momento se agrava. No me importa. ¿Y a ti? Es un alivio.

OLWEN.—Sí, lo es... en cierto modo. Pero también me atemoriza. Es como viajar en un automóvil cuyos frenos no funcionan.

FREDA.—Y nos aguardan bocacalles y cruces de caminos. *(Se oye a los hombres afuera.* STANTON *se adelanta.)*

STANTON.—*(Al entrar.)* No veo por qué. Lo lamento, Freda; pero el culpable es Robert. Insistió para que volviéramos.

FREDA.—*(Fríamente.)* Creo que hizo bien.

GORDON.—*(Ha ido directamente al sofá y se ha dejado caer en él.)* Es un cambio, por lo menos. Bueno, ¿de qué se trata?

ROBERT.—En primer lugar, del dinero.

GORDON.—*(Con disgusto.)* ¡Diablos! Ya lo sospechaba. ¿No podéis dejar en paz al pobre Martin?

ROBERT.—Aguarda un minuto, Gordon. Martin no se apoderó de ese cheque.

GORDON.—*(Poniéndose en pie de un salto.)* ¿Qué? ¿Es verdad? ¿Estás seguro?

FREDA.—Sí

GORDON.—¿Sabéis? Nunca pudo creerlo. Martin no era capaz de eso.

STANTON.—*(A* FREDA *y* ROBERT.) ¿Creéis de veras que Martin no se apoderó del dinero? Si no lo hizo, ¿quién fue el culpable? Y si no fue él, ¿por qué se pegó un tiro?

ROBERT.—*(Con intención marcada.)* No lo sabemos, Stanton; pero tenemos la esperanza de que tú nos lo digas.

STANTON.—*(Con extrañeza.)* ¿Estás bromeando, Robert?

ROBERT.—De ninguna manera. No te hubiera hecho volver para bromear. Tú me dijiste, ¿verdad?, que estabas casi seguro de que Martin había tomado el cheque.

STANTON.—Exactamente. Y te dije por qué lo creía así. Todo parecía indicarlo. Y lo que sucedió después demostró que yo estaba en lo cierto.

ROBERT.—¿Estás seguro?

STANTON.—¿Acaso no fue así?

FREDA.—*(En un arrebato.)* Y si estabas en lo cierto, ¿por qué dijiste a Martin que sospechabas de Robert?

STANTON.—*(Inseguro.)* No seas ridícula, Freda, ¿Por qué habría de decir semejante cosa a Martin?

FREDA.—Justamente. ¿Por qué? Eso es lo que queremos saber.

STANTON.—Pero es que no se lo dije.

OLWEN.—*(Tranquila.)* Sí, se lo dijiste.

STANTON.—*(Volviéndose a ella, con desesperación.)* ¡Olwen! ¿También tú estás mezclada en esto?

OLWEN.—Sí. Yo también. Porque tú mentiste a Martin, porque le dijiste que estabas seguro de que Robert se había apoderado del cheque, he pasado horas y horas de sufrimiento.

STANTON.—Pero esa no fue mi intención, Olwen. ¿Cómo podía adivinar que te verías con Martin y que él te lo diría?

OLWEN.—No importa que lo adivinaras o no. Era una mentira sucia y vil. Después de esto, no volveré a dirigirte la palabra.

STANTON.—Perdóname, Olwen. Preferiría cualquier cosa antes que eso. Me crees, ¿verdad? *(La mira en forma suplicante, pero* OLWEN *no contesta.)*

FREDA.—*(Con frialdad y dureza.)* Aparentemente, los demás no tenemos importancia. Pero nos debes ciertas explicaciones.

ROBERT.—Es mejor que dejes de mentir, Stanton. Ya lo has hecho demasiado. ¿Por qué jugaste con Martin y conmigo de esa manera?

FREDA.—Solo puede haber una explicación. Fue él quien se apoderó del cheque.

GORDON.—*(Enfurecido.)* ¡Dios mío!... No lo hiciste, Stanton, ¿verdad?

STANTON.—Sí, lo hice.

GORDON.—*(Muy excitado se lanza amenazante hacia* STANTON.) ¡Entonces eres un infame, Stanton! No me importa el dinero. Pero permitiste que la culpa cayera sobre Martin. Dejaste que todo el mundo lo creyera un ladrón.

STANTON.—Eres un necio histérico. *(Aparta a* GORDON.)

ROBERT.—Calla, Gordon.

STANTON.—Tranquilízate y no me amenaces. No queramos convertir esto en una pelea.

GORDON.—Pero permitiste...

STANTON.—No dejé que Martin cargara con la culpa, como dices. No era de los que cargan con las culpas ajenas; y deberías saberlo. Se pegó un tiro en medio de aquel alboroto por el dinero. Todos llegaron a la conclusión de que lo había robado y temía ser descubierto. Me limité a dejar que lo siguieran pensando, nada más. Tanto daba que se hubiera matado por eso como por cualquier otra cosa. Y, de todos modos, ya había terminado con este asunto, estaba fuera de él. Además..., allí donde está él importa un bledo que la gente de aquí abajo crea o no que uno ha robado quinientas libras.

ROBERT.—Pero trataste deliberadamente de culparnos a Martin y a mí.

FREDA.—Claro que lo hizo. Eso es lo peor de todo.

STANTON.—No es así. No tuve nunca la intención de permitir que alguien fuera castigado por lo que yo había hecho. Buscaba ganar tiempo solamente. Me apoderé de aquel cheque porque necesitaba dinero con urgencia y no disponía de otro medio. Estaba seguro de poder devolverlo al cabo de una semana; sabía, además, que en caso necesario podría arreglar el asunto con el viejo Slater, que es un buen amigo. Pero cuando se descubrió todo, tuve que ganar tiempo y no se me ocurrió un procedimiento más fácil.

ROBERT.—Pero ¿no podías cobrar tú mismo el cheque en el Banco?

STANTON.—No; conseguí que otro lo hiciera por mí..., alguien que era capaz de callarse la boca. Fue pura casualidad que se pareciera a ti y a Martin. No penséis que se trata de un plan cuidadosamente estudiado. No fue así. Tales planes no existen en la realidad. Todo fue improvisado, azaroso y endiabladamente estúpido.

ROBERT.—¿Por qué no lo confesaste antes?

STANTON.—*(Volviéndose hacia él.)* ¿Por qué diablos había de hacerlo?

FREDA.—Si no puedes comprender por qué, será inútil que tratemos de explicártelo. Pero existen cosas que se llaman honradez y decencia.

STANTON.—*(Con aplomo.)* ¿De veras? Quién sabe... No olvidéis..., antes de volveros excesivamente virtuosos..., que por ahora me estáis quitando la ropa a mí. Puede ser que le toque el turno a alguien más antes que terminemos.

ROBERT.—Es posible. Pero eso no justifica que hayas preferido callar.

SANTON.—Yo pensaría que sí. El suicidio de Martin colocó el sello de «cancelado» sobre todo el asunto. Nadie quiso volver a hablar del tema. Tiene que haberlo hecho el querido Martin, de

modo que no volvamos a hablar de eso. Esa era la actitud. No se trataba de las quinientas libras. Me hubiera gustado devolverlas. Pero sabía muy bien que, en cuanto confesara, el viejo me hubiera echado de la Compañía en dos minutos. Yo no era uno de sus favoritos, como tú y Martin. Tuve que abrirme camino desde abajo. Entré en la Compañía gracias a mis antecedentes universitarios y sociales. Si el viejo hubiera sospechado por un instante que yo era el culpable, no se habría empleado la política de silenciarlo todo« Hubiera llamado a la Policía. No olvidéis que yo fui un empleado inferior en la Compañía. Vosotros no lo fuisteis nunca. Y puedo aseguraros que la diferencia es grande.

FREDA.—Pero mi padre se había retirado de la Compañía hacía seis meses.

STANTON.—Bueno, ¿y qué hay con eso? Todo estaba terminado y olvidado. Quizá nunca hubiéramos vuelto a mencionarlo de no ser por la estúpida investigación de esta noche. Robert, Gordon y yo trabajamos en la Compañía. ¿Qué hubiera pasado si yo confesaba? ¿Qué hemos ganado? ¿Quién se siente mejor ahora?

FREDA.—Tú, no, claro. Pero sí Martin. Y la gente que quería a Martin.

STANTON.—¿Estás segura?

FREDA.—Claro que sí.

STANTON.—No confíes demasiado.

FREDA.—Por lo menos, ahora sabemos que Martin no era un sucio ladrón.

STANTON.—Y eso es todo lo que sabéis. Y, sin embargo, se suicidó. No supondréis que lo hizo para divertirse.

FREDA.—*(Terriblemente herida.)* ¡Oh..., eres..., eres...¡ *(Le vuelve la espalda.)*

GORDON.—*(Se levanta, furioso, y avanza.)* Eres una inmundicia, Stanton!

ROBERT.—No hables en ese tono, Stanton. *(Las últimas tres frases son dichas casi simultáneamente.)*

STANTON.—*(Enfrentándolos.)* ¿Por qué no? Deseabais la verdad y ahora la tenéis. No quería regañar para que me pusierais en el banquillo. Vosotros lo quisisteis. Ahora diré lo que se me ocurra. Martin se suicidó, y lo hizo sabiendo que jamás había tocado aquel dinero. De modo que la causa tiene que haber sido otra. Muy bien, ¿cuál? Mirad lo que habéis empezado.

FREDA.—*(Fríamente.)* Bueno, ¿qué es lo que hemos empezado? Estás hablando como si supieras mucho más que nosotros acerca de Martin.

STANTON.—Lo que sé es que debe de haber tenido alguna razón para hacer lo que hizo. Si no se trataba del dinero, tuvo que existir otra causa. Probablemente, será mucho mejor que ignoréis el asunto; de la misma manera que hubiera sido mucho mejor si nunca se os hubiera ocurrido removerlo.

ROBERT.—*(Reflexionando.)* Tal vez lo haya hecho por creer que yo me había apoderado del dinero.

STANTON.—*(Con ironía.)* Y tal vez no haya sido por eso. Si piensas que Martin se pegó un tiro por creer que tú te habías apoderado de algún dinero..., entonces no conocías a tu propio hermano. Vamos, cuando se lo dije se echó a reír. Le resultaba divertido. Muchas cosas eran motivo de diversión para aquel muchacho.

OLWEN.—*(Con fatiga.)* Es verdad, lo sé. No le importaba. No le importaba en modo alguno.

ROBERT.—Dime... ¿Sabes por qué se mató Martin?

STANTON.—No. ¿Cómo puedo saberlo?

FREDA.—*(Perdiendo la paciencia.)* Pero hablas como si lo supieras.

STANTON.—Puedo imaginarme razones.

FREDA.—*(Con dureza.)* ¿Qué quieres decir con eso?

STANTON.—Quiero decir que era una persona así. Su vida estaba llena de complicaciones.

ROBERT.—Pero no creo que eso...

STANTON.—No lo estoy acusando.

FREDA.—*(Furiosa.)* No lo estás acusando. ¿Quién eres tú para acusarlo o no? No eres digno de pronunciar su nombre. Le colgaste del cuello aquel robo sucio, trataste de manchar su memoria, y ahora que te hemos descubierto y que el nombre de Martin está limpio, tratas de volver a las andadas, insinuando que era un criminal, un loco o algo por el estilo.

ROBERT.—Es cierto. Cuanto menos digas ahora, mejor será.

STANTON.—*(Con aspereza.)* Cuanto menos digamos todos, mejor. Deberías haberlo pensado antes. Te lo anuncié cuando empezaste a remover toda la historia. Como un tonto, no podías dejar en paz lo que estaba bien así.

ROBERT.—En todo caso, he limpiado el nombre de Martin.

STANTON.—No has limpiado nada hasta ahora, y si tuvieras un ápice de sentido común lo comprenderías. Pero ahora me importa un comino. Vais a tener lo que pedisteis.

FREDA.—*(Aún enfurecida.)* Una de las cosas que pedimos es deshacernos de ti.

GORDON.—¿Crees que podrás seguir en la Compañía después de esto?

STANTON.—No lo sé ni me importa.

FREDA.—Sí, te importaba hace un año.

STANTON.—Es cierto, pero ahora no. Puedo arreglármelas mejor sin la Compañía que ellos sin mí.

GORDON.—Por lo menos, después de esto será un placer probarlo. Siempre odiaste a Martin y yo lo sabía.

STANTON.—Tenía mis razones. Al revés de la familia Whitehouse, padre, hija e hijo, todos los cuales estaban enamorados de él.

ROBERT.—*(Lentamente.)* ¿Has dicho eso con intención, Stanton?

Si no es así, retíralo. Y si es así, nos harás el favor de explicarte.

STANTON.—No retiro nada de lo que he dicho.

OLWEN.—*(Interponiéndose.)* Stanton..., te lo ruego. Dejemos esto. Todos hemos dicho ya demasiadas cosas.

STANTON.—*(Dirigiéndose a ella.)* Lo siento, Olwen. Pero no puedes echarme la culpa.

ROBERT.—*(Fríamente.)* Estoy esperando tu explicación.

FREDA.—¿No lo ves? Es a mí a quien quiere aludir.

ROBERT.—¿Es verdad eso, Stanton?

STANTON.—Por cierto que no la dejo a ella fuera.

ROBERT.—¡Ten cuidado!

STANTON.—Es demasiado tarde para tener cuidado. ¿Por qué creéis que Freda se mostró tan furiosa conmigo? Solo hay una razón y la conozco desde hace mucho tiempo. Estaba enamorada de Martin. (FREDA *lanza un grito.* ROBERT *mira a* FREDA, *luego a* STANTON *y nuevamente a* FREDA.)

ROBERT.—*(Acercándose a* FREDA.) ¿Es verdad, Freda? Tengo que saberlo, porque si no es verdad echaré a Stanton de esta casa a puntapiés.

STANTON.—No hables como un personaje de melodrama, Caplan. No lo hubiera dicho si no supiera que es verdad. Si ella lo admite o no, es otra cosa. Pero, aunque no lo admita, no vas a echarme de esa casa a puntapiés. Me marcharé como siempre.

ROBERT.—Freda, ¿es verdad?

FREDA.—*(Derrumbándose su última defensa.)* Sí.

ROBERT.—*(Le habla como si estuvieran solos.)* ¿Era eso lo que te preocupaba todo este tiempo?

FREDA.—Sí. Todo este tiempo.

ROBERT.—¿Cuándo empezó?

FREDA.—Hace mucho. O parece que hace mucho tiempo. Siglos.

ROBERT.—¿Antes que nos casáramos?

FREDA.—Sí. Pensé, entonces, que me sería posible ponerle fin. Lo hice, por un tiempo. Pero volvió, más fuerte que nunca.

ROBERT.—Hubiera deseado que me lo dijeras. ¿Por qué no me lo dijiste?

FREDA.—Quise hacerlo. Traté de decírtelo cientos de veces. Me dije a mí misma las primeras palabras, ¿sabes?, y algunas veces no sabía si las había dicho o no en voz alta.

ROBERT.—Ojalá lo hubieras hecho. Ojalá lo hubieras hecho. Pero ¿cómo pude no verlo por mí mismo? Parece tan claro ahora... Debo de haber sido un idiota. Ahora sé cuándo empezó. Fue cuando estuvimos todos en Tintagel, aquel verano.

FREDA.—Sí, empezó entonces. En Tintagel, aquel verano tan..., tan hermoso. Desde entonces, nada ha sido verdaderamente real.

ROBERT.—Martin salió de excursión y tú dijiste que ibas a pasar unos días con los Hutchinson. ¿Fue entonces...?

FREDA.—*(Con gran tranquilidad.)* Sí, naturalmente; Martin y yo

estuvimos juntos durante aquel corto tiempo. Fue el único que pasamos de veras juntos. No significó mucho para él..., una especie de experimento, nada más.

ROBERT.—Pero ¿a Martin no le importaba?

FREDA.—*(Con angustia.)* No, no le importaba. Si le hubiera importado, todo habría sido muy sencillo. Por eso nunca te lo dije. Pensé que cuando nos casáramos sería... distinto. No era justo para ti, ya lo sé, pero pensé que todo estaría bien. Y Martin creyó lo mismo. No fue así. Tú también lo sabes. Era desesperante. Pero no sabes cuán desesperante fue para mí...

ROBERT.—Pero ¿por qué no me lo dijo Martin? El sabía que yo no era feliz.

FREDA.—No podía decírtelo. Te tenía miedo.

ROBERT.—¡Que Martin me tenía miedo!

GORDON.—Sí, es verdad.

ROBERT.—Tonterías. No tenía miedo de nadie..., y seguramente no me lo tenía a mí.

FREDA.—Sí; de una curiosa manera, te tenía miedo.

OLWEN.—*(Dulcemente.)* Es verdad, Robert. Te tenía miedo. Yo lo sabía.

GORDON.—Yo también. Me dijo que cuando estabas enojado, nada te detenía.

ROBERT.—*(Pensativo.)* ¡Qué raro! Nunca pensé que Martin pudiera sentir eso. Y fue él quien... ¿Por qué habrá sido? ¿Qué fue? *(A* FREDA.*)* No puede haber sido... esto...

FREDA.—No, no le importaba. *(Perdiendo todo dominio.)* ¡Oh Martin, Martin!...

OLWEN.—*(Corre hacia* FREDA *y la abraza.)* Freda, Freda, no llores...

STANTON.—*(Mientras* OLWEN *consuela a* FREDA.*)* Esta es la continuación, Caplan. Buen trabajo para una noche.

ROBERT.—No me arrepiento. Estoy contento de que todo haya sido puesto en claro. Solo lamento no haberlo sabido antes.

STANTON.—¿Qué hubieras ganado? No podrías haber hecho nada.

ROBERT.—Para comenzar, habría sabido la verdad. Y, en ese caso, tal vez hubiera sido posible hacer algo. Por lo pronto, podía haberme apartado de su camino.

STANTON.—*(Irónicamente.)* No estabas en el camino de ellos.

GORDON.—*(A quien todo esto desagrada profundamente.)* No, era el propio Martin, ¿comprendes? No le importaba, como dice Freda. Yo lo sabía. Me lo dijo. *(A* FREDA.*)*

ROBERT.—*(Volviéndose, incrédulo.)* ¿Te lo dijo?

GORDON.—Sí.

ROBERT.—¿Al hermano de Freda?

FREDA.—*(Apartando a* OLWEN *y alzando la cabeza.)* ¡Gordon, no te creo!

GORDON.—*(Con vehemencia.)* ¿Por qué habría de mentir? Martin me lo dijo. Todo me lo contaba.

FREDA.—¡Tonterías! Pensaba que eras un cargante... que te inmiscuías en todo.

GORDON.—Eso no es cierto.

FREDA.—Lo es. Me lo dijo aquel..., aquel último sábado, cuando le llevé la cigarrera. Me contó que te habías quedado en su casa la noche anterior y que lo había intentado todo para librarse de ti.

GORDON.—*(Perdiendo los estribos.)* Freda... Estás inventando lo que dices, palabra por palabra. Martin nunca hubiera dicho eso de mí. Sabía cuánto cariño me inspiraba, y él también me quería, a su manera.

FREDA.—No te quería.

GORDON.—Lo dices porque sientes celos.

FREDA.—No es verdad.

GORDON.—Siempre estuviste celosa del interés que Martin me demostraba.

FREDA.—*(Furiosa.)* ¡Gordon, esa es una mentira repugnante!

GORDON.—No lo es.

FREDA.—Lo es. El mismo me dijo que estaba harto de verte rondar por allí y de que te pusieras histérico. Ahora entiendo qué quería decir. Te pusiste histérico cada vez que lo nombramos esta noche. ¿Qué pretendes hacer creer que eres? *(Se lleva las manos a la cabeza y se vuelve.)*

ROBERT.—*(Bruscamente.)* Freda, estás loca.

GORDON.—*(Furioso, con voz chillona, dirigiéndose a* ROBERT.*)* Es todo celos, celos. Si mi presencia le hubiera molestado, Martin no me hubiera invitado una y otra vez a su casa. *(A* FREDA.*)* Pero estaba cansado de «ti», que andabas molestándole y preocupándole todo el tiempo. No le interesaban las mujeres. Estaba cansado de ellas. Me lo dijo. Quería que yo te lo hiciera saber para que lo dejaras en paz.

FREDA.—*(Perdiendo el dominio.)* ¡Me enfermas!

GORDON.—Bueno, si solamente me dejaras...

OLWEN.—*(Con angustia, tratando de apartar a* GORDON.*)* ¡Basta, callaos los dos!

STANTON.—*(Con aspereza.)* Déjalos. Es mejor que lo digáis todo ahora que empezasteis.

GORDON.—*(A* FREDA.*)* Y yo iba a decírtelo, además. Pero entonces... se mató.

FREDA.—No lo creo. No lo creo. Martin no pudo haber sido tan cruel.

GORDON.—*(Cerca de ella.)* ¿No pudo? ¿Qué te dijo aquella tarde, cuando le llevaste la cigarrera?

FREDA.—¿Qué importa lo que dijo? No haces más que inventar esas horrendas mentiras.

ROBERT.—*(Asperamente.)* Bueno, ya he oído demasiado bien. Sois un par de locos... gritando de esa manera por un muerto. Te comprendo, Freda, y lo siento... Pero, por Dios, guárdalo para ti. No podría aguantar más. Y tú, Gordon..., pareces borracho o algo así.

GORDON.—*(Ceñudo.)* No lo estoy. Estoy tan sereno como tú.

ROBERT.—En ese caso, pórtate con lucidez. Ya no eres un niño. Sé que Martin era tu amigo...

GORDON.—*(Mira a* ROBERT *con furia. Sardónico.)* ¡Mi amigo! No lo era. Hablas como un tonto. Martin era la única persona en el mundo a la que yo realmente quería. Me era imposible evitarlo. Era así. Hubiera hecho cualquier cosa por él. ¡Quinientas libras! Dios mío, hubiera robado cinco mil libras a la Compañía si Martin me lo hubiera pedido. Era la persona más maravillosa que he conocido nunca. A veces, traté de odiarlo. Hubo ocasiones en que fue indeciblemente grosero conmigo. Pero no tenía importancia. Era Martin; y prefería estar con él, aunque se burlara de mí sin piedad, antes que con cualquier otra persona conocida. Soy como Freda... Desde que él murió, nada me importa; simplemente, dejo pasar el tiempo. No le interesaban las mujeres. Trataba de divertirse con ellas; pero no les tenía confianza, le eran antipáticas. Muchas veces me lo dijo. Martin me lo contaba todo. Y eso es lo mejor que he tenido en mi vida. Podéis darme el nombre que os guste; no me preocupa. *(Se hace un silencio;* GORDON *mira a todos, desafiante.)*

ROBERT.—¿Y Betty?

GORDON.—*(Malhumorado.)* Puedes dejarla aparte de todo esto.

ROBERT.—Eso es lo que deseo. Pero no puedo evitar pensar en ella.

GORDON.—No es necesario. Puede cuidarse sola.

ROBERT.—Eso es justamente lo que no puede hacer y lo que no debería estar obligada a hacer. Deberías comprenderlo.

GORDON.—Pues no lo comprendo. Y conozco a Betty mejor que tú.

FREDA.—*(Con amargura.)* Conoces a cualquiera mejor que los demás, ¿verdad?

GORDON.—Tenías que decir eso, ¿no? No es culpa mía si Martin me quería más que a ti.

FREDA.—¿Cómo sabes que él...?

OLWEN.—¡Oh, basta, callaos! ¿No os dais cuenta de que Martin provocó este enredo solo por divertirse?

GORDON.—*(Malhumorado.)* No lo creo. El no era así.

STANTON.—*(Con ironía.)* ¡Oh, no! No era así. Imposible pedir un muchacho más sosegado, más sencillo, más sincero.

FREDA.—*(Con vehemencia.)* Nadie pretenderá que haya sido así. Pero por lo menos no robaba dinero ni trataba de culpar a otros.

STANTON.—Todos podemos hablar de esa manera, Freda. Basta con que nos insultemos el uno al otro. Pero sugiero que no lo hagamos.

OLWEN.—De acuerdo. Pero me gustaría que Freda y Gordon comprendieran que es absoluta locura pelear por lo que Martin les haya dicho. Nació para provocar enredos y era cruel como un gato. Ese es uno de los motivos de mi aversión.

ROBERT.—¿Te era antipático?

OLWEN.—Sí, Robert; lo lamento, pero no quería a Martin. Lo detestaba. Deberías haberte dado cuenta.

STANTON.—Yo lo observé. Y tenías razón. Me temo que siempre tengas razón, Olwen.

OLWEN.—No.

STANTON.—Confío en tus juicios.

ROBERT.—En cuanto a eso, también yo confío en ellos.

OLWEN.—No. No.

STANTON.—Y eres la única que saldrá de esto tan limpia como antes.

OLWEN.—*(Turbada y con cierta alarma.)* No, eso no es verdad.

GORDON.—No. Fue por Olwen y esa maldita cigarrera por lo que empezó todo el asunto.

STANTON.—¡Oh, eso no tiene importancia! Lo sabía desde un principio.

OLWEN.—¿Qué es lo que sabías desde un principio?

STANTON.—Que habías ido a ver a Martin Caplan aquel sábado por la noche.

OLWEN.—*(Alarmada.)* ¿Lo sabías?

STANTON.—Sí.

OLWEN.—Pero ¿cómo podías saberlo? No lo entiendo.

STANTON.—Pasé aquel fin de semana en mi casa de campo. ¿Te acuerdas de aquel garaje donde se bifurca el camino? Tú paraste allí esa noche para cargar gasolina.

OLWEN.—*(Haciendo memoria.)* Sí, creo haberlo hecho.

STANTON.—Me lo dijeron; y también que había tomado el camino de Fallows End. Supe así que habías ido a ver a Martin. No podías haberte dirigido a ningún otro lado, ¿verdad? Es muy sencillo.

OLWEN.—*(Mirándolo fijamente.)* ¿Y lo supiste durante todo este tiempo?

STANTON.—Sí. Durante todo este tiempo.

ROBERT.—*(Con amargura.)* Supongo, Stanton, que no vale la pena preguntar por qué nunca dijiste nada sobre eso...

STANTON.—*Muy tranquilamente.)* Temo que no. Ya he cumplido mi parte en el confesonario esta noche.

GORDON.—Bueno, me gustaría haber sabido un poco más, eso es todo. Me metieron en aquella puerca investigación. ¿Sabía esto? ¿Sabía lo otro? Dios mío..., y pensar que yo no era la última persona que había hablado con él. Freda había estado allí durante la tarde. Y Olwen llegó aquella misma noche, en el preciso momento..., según sabemos...

STANTON.—No digas tonterías.

GORDON.—Bueno, son tonterías. *(Señalando a* OLWEN, *que se vuelve y camina hacia la ventana.)* Después de todo, ¿qué es lo que sabemos? ¿Qué hacía Olwen allí?

ROBERT.—Ya nos explicó eso. Había ido para hablar con Martin acerca del dinero.

GORDON.—¿Y adónde nos lleva tal explicación?

STANTON.—¿Qué quieres decir?

FREDA.—Quiere decir..., supongo..., que Olwen no nos ha dicho mucho hasta ahora. Sabemos que fue a ver a Martin por el dinero que faltaba. Y sabemos que Martin creía que lo había tomado Robert, y que también ella lo pensó. Pero eso es todo lo que sabemos.

GORDON.—Sí; no sabemos cuánto tiempo estuvo allí, qué le dijo Martin, ni nada. Es una suerte que no la hayan llevado a «ella» frente al juez; se lo habrían hecho decir en seguida. *(Mirando hacia donde está* OLWEN.) Creo que debería contarnos algo más.

STANTON.—No es necesario que seas tan vengativo. (OLWEN, *que ha estado mirando por la ventana, con las cortinas un poco alzadas, da un paso hacia atrás y lanza un grito.)*

ROBERT y STANTON.—*(Juntos.)* ¿Qué pasa? (ROBERT *va hasta la ventana y mira hacia afuera;* FREDA *se incorpora y dirige la vista a la ventana.)*

ROBERT.—*(Todavía mirando al exterior.)* No hay nadie ahí.

OLWEN.—No, desaparecieron en seguida. Pero juraría que había alguien. Estuvieron escuchando.

STANTON.—*(Que ha permanecido sentado. Duramente.)* Pues no pudieron elegir una noche mejor para hacerlo.

ROBERT.—Es imposible, Olwen. No se ve ni la sombra de un intruso.

GORDON.—Gracias sean dadas al Señor. *(Todos comienzan a adelantarse, cuando se oyen varias llamadas breves en el timbre de la puerta exterior. Se detienen y miran con sorpresa y consternación.)*

ROBERT.—¿Quién diablos puede ser?

FREDA.—No me lo preguntes a mí. No tengo la menor idea. Anda a ver.

ROBERT.—Claro está. Pero no queremos que nadie venga a interrumpirnos.

FREDA.—No lo permitas, sea quien sea. Pero, de todos modos, tendrás que ver quién es. *(El timbre suena nuevamente y* ROBERT *sale. Mientras dura su ausencia nadie habla; todos parecen sorprendidos. Luego se oyen las voces de* ROBERT *y de* BETTY.)

ROBERT.—*(Fuera.)* Te digo que no es verdad No te hemos mencionado para nada.

BETTY.—*(Fuera.)* Sé que sí. Lo siento. Por eso he vuelto.

ROBERT.—*(Fuera.)* Te repito que no. (ROBERT *abre la puerta y se ve a* BETTY *frente a él.)*

GORDON.—Creí que te habías acostado, Betty. ¿Qué sucede?

BETTY.—*(Desde la puerta.)* Estáis hablando de mí todos. *(Mirándolos.)* Sé que lo hicisteis. Quise acostarme. Empecé a hacerlo... Y luego, no pude. Sabía que todos hablabais de mí. No pude soportarlo. Tenía que volver.

FREDA.—*(Fríamente.)* Pues estás equivocada. Para decir la verdad, eres la única persona de la que no hemos estado hablando.

BETTY.—*(Mirando a* GORDON, *a* STANTON *y después a* ROBERT.) ¿Es verdad eso?

ROBERT.—Sí, naturalmente.

OLWEN.—Estabas afuera hace un momento, ¿verdad? Junto a la ventana, escuchando.

BETTY.—*(Confusa.)* No, no escuchaba. Traté de mirar adentro para saber quiénes estabais aquí y qué aspecto teníais. Estaba segura de que hablabais de mí. Y tenía intención de acostarme, estaba cansada, pero demasiado nerviosa para poder dormir. De modo que tomé tres de esas píldoras para el insomnio, y ahora me siento completamente trastornada. Sabe Dios qué puedo decir en cualquier momento... No os preocupéis por mí. *(Se deja caer en una silla.)*

ROBERT.—*(Inclinado sobre ella.)* Lo siento, Betty. ¿Puedo ofrecerte algo? *(Ella deniega con la cabeza.)* ¿Estás segura? *(Vuelve a mover la cabeza.)* Y no se ha dicho una palabra sobre ti. En realidad, todos hemos querido mantenerte apartada de esto. Es una historia muy poco agradable.

FREDA.—*(Con ironía.)* Pero teniendo en cuenta que Betty lleva el nombre de una de las familias comprometidas, me parece que no debemos protegerla demasiado cuidadosamente de la sórdida verdad.

ROBERT.—*(Perdiendo la paciencia.)* ¡Oh, calla, Freda!

FREDA.—No quiero. ¿Por qué he de callar? Presentí que íbamos a ver un Robert distinto ahora.

ROBERT.—Después de lo que has dicho esta noche, no creo que puedan importarte mucho mis cambios.

FREDA.—Tal vez no; pero aún me gustan los modales razonablemente decentes.

ROBERT.—Danos el ejemplo, en ese caso.

GORDON.—¡Callad, por favor!

BETTY.—Pero ¿de qué habéis estado hablando, entonces?

GORDON.—Empezó con el dinero.

BETTY.—¿Te refieres al dinero que tomó Martin?

GORDON.—No fue Martin. Ahora lo sabemos. Stanton lo robó. Acaba de admitirlo. (BETTY *lanza un corto grito.)*

BETTY.—¿Lo admitió? ¿Stanton? ¡Oh, seguramente... es imposible!

STANTON.—*(Con sorna.)* Parece imposible..., ¿verdad, Betty?..., pero no lo es. Lamento tener que descender tan bruscamente en tu estimación, mi querida Betty, pero esta es nuestra noche de decir verdades. Y tuve que admitir que me había apoderado del dinero. Terrible, ¿verdad? (STANTON *mira a* BETTY *y ella aparta los ojos, incómoda;* ROBERT *mira al uno y al otro.)*

ROBERT.—¿Qué quisiste dar a entender, Stanton?

STANTON.—Lo que dije. Casi siempre lo hago.

ROBERT.—¿Por qué empleas ese tono con Betty?

STANTON.—Tal vez sea porque... no creo que Betty tenga una opinión muy elevada de mí... No necesitaba mostrarse tan sorprendida ni escandalizada.

ROBETR.—*(Lentamente.)* No lo entiendo del todo...

FREDA.—*(Sarcástica.)* Estoy segura de que no, Robert.

ROBERT.—*(Volviéndose bruscamente hacia ella.)* ¿Y tú sí lo entiendes?

FREDA.—*Con dulzura.)* Sí, creo que sí.

BETTY.—Pero si Martin no robó el dinero..., entonces, ¿por qué..., por qué..., se pegó un tiro?

GORDON.—Eso es lo que queremos saber. Olwen fue la última en verlo aquella noche y sabía que él no había tomado el dinero. Pero eso es todo lo que nos dijo.

OLWEN.—Te he dicho que él creía que Robert era el culpable.

ROBERT.—Y eso fue suficiente..., en el estado en que estaba entonces..., para hacerle perder el dominio de sus actos. Esas afirmaciones de que Martin se divertía con tales cosas son absurdas. Solo se trataba de disimulo. No le gustaba que los demás lo supieran conmovido o alarmado por algo.

GORDON.—Eso es verdad.

ROBERT.—*(Con creciente agitación.)* Y él estaba seguro de mí. Acostumbraba reírse, pero eso no tenía importancia. Confiaba en mí. Vosotros mismos habéis dicho... que secretamente me temía. Y eso, porque Martin me respetaba. Me creía firme, seguro. Yo era una de las pocas personas que él respetaba. Os digo que debe de haber sido un golpe terrible para el pobre Martin.

OLWEN.—No creo que lo haya sido, Robert.

STANTON.—Tampoco yo.

ROBERT.—Pero ninguno de vosotros lo conocía como yo. ¿Para qué hablar? Estaba en un estado lamentable, completamente deshecho, neurótico. Y cuando oyó decir que yo había substraído el cheque, pensaría que ya no existía nadie en quien pudiera confiar, que yo lo había traicionado. Estaría cavilando sobre eso noche y día..., él era así. No quería que los demás se dieran cuenta, Olwen. Pero aquella idea fija estaría todo el tiempo clavada en él, torturándolo. ¡Ah, qué estúpido he sido!

GORDON.—¡Tú!

ROBERT.—Sí, claro. Debí haberme enfrentado con Martin y contarle lo que me había dicho Stanton.

GORDON.—Si eso es verdad, el verdadero responsable es Stanton.

FREDA.—Sí.

STANTON.—Tonterías.

FREDA.—No son tonterías. ¿No ves lo que has hecho?

STANTON.—No, porque no lo creo.

GORDON.—Porque no quieres creerlo, simplemente.

STANTON.—Tened un poco de sentido común. ¿No comprendéis que Martin tenía sus propias razones?

ROBERT.—No. Lo que llevó a Martin al suicidio fue mi estupidez y tus malditas mentiras, Stanton.

BETTY.—*(Echándose a llorar.)* ¡Oh!

ROBERT.—Perdóname, Betty. Pero es necesario aclarar esto de una vez por todas.

STANTON.—*(Con dureza.)* Ninguno de vosotros se encuentra en condiciones de aclarar nada.

ROBERT.—Escúchame, Stanton...

STANTON.—¡Basta ya, hombre!

GORDON.—Tienes que contestar.

ROBERT.—¡Nunca te perdonaré que hayas dicho eso a Martin..., te juro por Dios que no!

STANTON.—Estás completamente equivocado.

GORDON.—¡No lo estamos, sucio embustero! *(Avanza con intención de pegarle.)*

STANTON.—*(Apartándolo de un empujón.)* ¡Sal de aquí!

GORDON.—*(Gritando y listo para volver al ataque.)* ¡Por tu culpa Martin se pegó un tiro!

OLWEN.—Espera un momento, Gordon. *(Todos se vuelven para mirarla.)* Martin no se suicidó.

TELON

ACTO TERCERO

Todos están en las mismas posiciones que al terminar el segundo acto.

OLWEN.—Martin no se suicidó.

FREDA.—Martin no se...

OLWEN.—Claro que no. Yo lo maté. (BETTY *grita, los demás se sobresaltan y miran estupefactos.)*

ROBERT.—Eso es absurdo, Olwen. No pudiste haberlo hecho.

GORDON.—Si esa es la idea que tienes de una broma...

OLWEN.—Ojalá lo fuese. *(Repentinamente se sienta y esconde la cara entre las manos. Sin embargo, no deja oír ningún sonido.)*

GORDON.—Olwen.

ROBERT.—*(En voz baja.)* Debes de estar histérica o algo así. Creo que muchas personas, en ese estado, confiesan cualquiera clase de locuras, cosas que no pueden haber hecho.

STANTON.—*(Moviendo la cabeza.)* Olwen no está histérica. Lo dice en serio.

BETTY.—*(En un susurro.)* Pero ella no puede querer decir... que lo «asesinó». ¿Puede ser?

STANTON.—*(Con suavidad.)* Será mejor ahora que nos digas exactamente qué ocurrió, Olwen, si te sientes con fuerzas. Y será mejor que te diga..., antes que empieces..., que no me sorprende nada. Desde un comienzo sospeché que habías sido tú.

OLWEN.—*(Mirando fijamente.)* ¿Sospechabas que yo lo había hecho? Pero ¿por qué?

STANTON.—Por tres razones. Primera, porque no lograba descubrir motivos para que Martin se suicidara. Yo sabía que no había tomado el dinero; y aunque anduvo en muchos aprietos, no era el tipo de persona que recurre al suicidio. Sabía, además, que habías estado con él hasta bastante tarde... Como ya he dicho..., me informaron de que habías ido por aquel camino. Y la tercera razón..., bueno, puede esperar. Será mejor que nos digas qué pasó. Fue un accidente, ¿verdad?

OLWEN.—*(En voz baja y tensa.)* Sí; en realidad fue un accidente. Os diré qué sucedió, pero no puedo entrar en detalles. Es todo demasiado horrible y confuso. Pero diré la absoluta verdad. No ocultaré nada más, os lo prometo. Creo que será mejor que todos digamos lo que sabemos, todo lo que guardamos dentro.

ROBERT.—*(En voz baja.)* Estoy de acuerdo.

STANTON.—Aguarda un momento, Olwen. ¿Quieres beber algo antes?

OLWEN.—Solamente un poco de soda, si no es molestia. (STANTON *sirve soda y le pasa el vaso.)*

ROBERT.—Siéntate aquí.

OLWEN.—*(A* STANTON.) Gracias. *(Bebe la soda. A* ROBERT.) No, me sentaré junto al fuego. Fui a ver a Martin aquel sábado por la noche, como sabéis, para hablarle del dinero robado. El señor Withehouse me había contado la historia. El creía que el culpable tenía que ser Martin o Robert. Me pareció más probable que Rober. Por eso fui a preguntarle a Martin. Le tenía antipatía y él no lo ignoraba; pero también estaba enterado de lo que sentía yo por Robert; y, después de todo, era su hermano. Creía que Robert se había apoderado del dinero, y eso no le preocupaba en modo alguno. Lo siento, Robert, pero no le importaba. Lo odié por eso también. Se mostró maliciosamente divertido. «El digno hermano ha caído, al fin...» Ese estilo de cosas.

FREDA.—*(En voz baja y amarga.)* Puedo creerlo. Odio pensarlo, pero sé que a veces era así. Por lo menos, lo era ese día.

OLWEN.—*(Con dulzura.)* ¿También tú te diste cuenta?

FREDA.—Sí; estaba en uno de sus peores estados de ánimo. Podía ser cruel..., perverso..., en algunas ocasiones.

OLWEN.—Nunca lo vi tan mal como aquella noche. En realidad, no estaba en sus cabales.

ROBERT.—*(Escandalizado.)* ¡Olwen!

OLWEN.—*(Con dulzura.)* Perdóname, Robert. No quería que lo supieras, pero ahora es inevitable, ¿comprendes?... Martin había estado tomando una droga.

ROBERT.—¿Una droga? ¿Un alcaloide, quieres decir?

OLWEN.—Sí. Había tomado mucho.

ROBERT.—¿Estás segura? No puedo creerlo.

STANTON.—Es verdad, Caplan. Yo lo sabía.

GORDON.—También yo. Una vez me la hizo probar, pero no me gustó. Solo sirvió para enfermarme.

ROBERT.—¿Cuándo ocurrió eso?

GORDON.—¿Recuerdas la época en que fue a Berlín y lo nervioso que estaba?

STANTON.—Sí; me acuerdo.

GORDON.—Pues bien: allí conoció a un sujeto que lo inició... Una droga nueva, que usaban mucho en los círculos literarios y teatrales.

FREDA.—Pero Martin...

GORDON.—Sí. Le gustó y continuó tomando cada vez más...

ROBERT.—Pero ¿dónde la conseguía?

GORDON.—Se la proporcionaba un alemán, conocido suyo, en la ciudad. Cuando no lograba obtenerla se sentía muy mal. No era un caso tan grave como el de esos toxicómanos que hemos leído, ¿sabéis?, pero bastante serio, de todos modos.

STANTON.—¿No trataste de curarlo?

GORDON.—Naturalmente..., pero no hacía más que reírse. No lo culpo. En realidad, no puedo culparlo. Ninguno de vosotros puede comprender lo que era la vida para Martin..., tan nervioso y sensible. Era una de esas personas que necesitan ser felices.

STANTON.—*(Con aspereza.)* Todos nosotros necesitamos ser felices. Martin no era una excepción.

ROBERT.—Sí, es cierto. Pero comprendo lo que quiere decir Gordon.

FREDA.—Nadie podría no comprenderlo conociendo a Martin. No se habían hecho para él los estados intermedios, las distracciones cómodas. Tenía que estar alegre..., y entonces lo estaba más que nadie en el mundo..., o sentirse intensamente desdichado.

BETTY.—*(Impulsivamente.)* Yo soy así. Todos lo somos..., ¿verdad? Excepto la gente vieja y aburrida.

ROBERT.—Pero ¿qué pasó con esa droga, Olwen?

OLWEN.—La tomó..., eran pequeñas píldoras blancas..., mientras yo estaba con él. Le hizo un efecto horrible. Tenía una jovialidad diabólica. Aún me parece verlo. Sus ojos estaban raros... De veras, no se encontraba en su sano juicio. *(Se interrumpe.)*

ROBERT.—¿Qué sucedió?

OLWEN.—*(Suavemente, pero muy agitada.)* Es horrible hablar de eso. He tratado de olvidarlo. El sabía que no me resultaba simpático, pero le era imposible creer que yo le tuviese verdadera aversión. Era terriblemente orgulloso. Estaba convencido de que todos los jóvenes, varones o mujeres, tenían que amarlo. Se sentía algo así como un dios Pan, ¿sabéis?

FREDA.—Sí, es verdad. Y tenía toda la razón del mundo.

OLWEN.—Empezó a insultarme. Me veía, o fingía verme, como una solterona pudibunda, llena de represiones, que nunca había vivido realmente. Pura tontería, porque nada tengo de ese tipo de persona. Pero él simulaba creerlo y afirmaba que mi antipatía era la prueba de que yo trataba de reprimir la enorme fascinación que él ejercía sobre mí. Y, naturalmente, que todas esas represiones me hacían daño. Que nunca había vivido, y nunca viviría, y cosas por el estilo... Habló mucho de eso. Debí huir y dejarlo; pero no me sentía capaz de hacerlo viéndolo en ese estado. En cierto modo, le tenía lástima, porque estaba de verdad enfermo, enfermo de alma y cuerpo. Se me ocurrió que me sería posible tranquilizarlo. Me desagradaba, pero, después de todo, no era un extraño. Era uno de nuestro círculo, estaba ligado a la mayoría de las personas que más quiero en este mundo. Traté de calmarlo por todos los medios. Pero cualquier cosa que yo dijera parecía empeorarlo. Supongo que sucedía eso cuando se encontraba en aquel estado anormal de excitación. Bueno; habló de mis represiones, y como yo fingía reírme, se excitó cada vez más. Y entonces trató de mostrarme unos dibujos bestiales y asquerosos que tenía, unas cosas horribles y obscenas hechas por un artista belga loco...

FREDA.—*(Tambaleándose.)* ¡Oh... Dios mío! *(Solloza.)*

OLWEN.—*(Acercándose a ella.)* ¡Oh Freda, lo siento tanto!... Te ruego que me perdones. Me imagino cuánto debe de herirte todo esto.

FREDA.—*(Enloquecida.)* ¡Martin, Martin!

OLWEN.—No escuches más. Si lo deseas, me callo. O anda a acostarte.

FREDA.—No podría. ¡Ah..., no era verdaderamente así! Si lo hubierais conocido como yo..., antes.

OLWEN.—Ya lo sé. Todos lo sabemos. Era distinto. Estaba enfermo.

FREDA.—*(Con voz apagada.)* Prosigue, Olwen.

ROBERT.—Sí, Olwen. No puedes interrumpirte ahora.

OLWEN.—No hay mucho que decir. Cuando rechacé sus bestiales dibujos y me indigné, pareció enloquecer más aún; estaba completamente fuera de sí y comenzó a gritar algo sobre mis represiones. Entendí de pronto que me decía que me quitara la ropa. Le respondí que no fuera necio y que me marchaba. Entonces se interpuso entre la puerta y yo. Tenía un revólver en la mano y gritaba algo sobre el peligro, el terror y el amor. No me amenazaba con el arma, ni tampoco a sí mismo. Simplemente, la agitaba en el aire, dramático. No creí, siquiera, que el revólver estuviese cargado. Pero a esa altura ya tenía bastante de él..., ya no podía inspirarme lástima... y le dije que se apartara de mi camino. Cuando se negó, traté de echarle a un lado. Y entonces luchamos. *(Ahora se muestra angustiada y habla confusamente.)* No tenía más fuerza que yo. *(Ilustra esto cogiendo su propia muñeca y haciéndola girar.)* Aferré la mano con que sostenía el revólver. Había vuelto el arma hacia sí. Su dedo debía de estar en el gatillo. Oprimiría... *(Se cubre la cara con las manos.)* El revólver disparó. ¡Oh! ¡Horrible..., horrible! He tratado por todos los medios de olvidarlo. Si solo le hubiera herido, estoy segura de que me hubiera quedado con él, aun cuando yo estaba horrorizada. Pero no. Estaba muerto.

ROBERT.—Sí; comprendemos. No necesitas decírnoslo.

OLWEN.—Cuando me di cuenta de lo que había ocurrido, salí corriendo, presa de pánico. Estuve sentada fuera, en mi coche, no sé durante cuánto tiempo. No podía mover un dedo. No vi una persona en los alrededores. Ya era bastante tarde y, como sabéis, la casa de campo está muy aislada. Me quedé sentada en el coche, temblando, y dentro de la casita todo estaba quieto, tan horriblemente quieto... He vuelto a pasar por eso miles y miles de veces. *(Se cubre la cara con las manos y llora silenciosamente.)*

BETTY.—*(En un susurro y volviendo la cabeza.)* ¡Dios!

ROBERT.—No tienes la culpa. Olwen.

STANTON.—*(Con decisión, levantándose.)* Claro que no. Y nunca diremos una palabra de esto... a nadie. Todos debemos prometerlo. *(Todos asienten con la cabeza o murmuran su asentimiento.)*

GORDON.—*(Con amargura.)* Es una lástima que no todos podamos tomar esto con tanta calma como tú, Stanton.

STANTON.—No es que lo tome con demasiada calma. Lo que ocurre es que no me sorprende tanto como a vosotros. Hace mucho adiviné que algo por el estilo había ocurrido.

ROBERT.—Tanto parecía aquello un suicidio que nadie se molestó en sugerir que tal vez no lo fuera. Yo nunca pensé otra cosa. Toda la evidencia lo confirmaba. No veo cómo podías haberlo adivinado, aun sabiendo que Olwen había estado allí.

STANTON.—Os dije que tenía una tercera razón. Estuve allí temprano a la mañana siguiente..., la empleada de Correos de Fallows End me llamó por teléfono..., y llegué antes que nadie, exceptuando al policía del pueblo y al médico. Y vi en el suelo algo que pasó inadvertido al policía y que recogí cuando no miraba. Lo he conservado desde entonces en la cartera. *(Saca la cartera y extrae un pequeño cuadrado de seda floreada.)* Soy bastante observador para estas cosas.

OLWEN.—Déjame ver. *(Lo examina.)* Sí; es un pedazo del vestido que usaba. Se desgarró durante la lucha. ¿Así fue como supiste?

STANTON.—*(Dejando caer al fuego el pedazo de seda.)* Sí; así lo supe.

OLWEN.—¿Por qué no dijiste algo?

GORDON.—*(Amargamente.)* Yo puedo decirlo. Prefirió callarse porque deseaba hacer creer que Martin se había suicidado. De esa manera, todos pensarían que Martin se había apoderado del dinero.

ROBERT.—*(Con fatiga.)* Supongo que fue por eso. Coincide con todo lo que hemos oído de él esta noche.

STANTON.—No; ocurre que había otra razón, mucho más importante. Yo estaba seguro de que si Olwen había tenido algo que ver con la muerte de Martin, las cosas habrían ocurrido en alguna forma semejante a lo que ella acababa de contarnos; por tanto, Olwen no podía ser considerada culpable. La conocía mejor que cualquiera de vosotros... o, por lo menos, yo lo pensaba así. Y tenía confianza en ella. Es una de las pocas personas en quienes podría confiar. Ella lo sabe. Se lo he dicho muchas veces. A ella no le importa, pero es la verdad.

OLWEN.—*(Con asombro.)* Y ni siquiera me insinuaste que lo sabías...

STANTON.—Sorprendente, ¿verdad? ¡Qué oportunidad perdida de merecer tu interés durante unos minutos! Pero no podía recurrir a eso tratándose de ti. Pienso que aun en estos tiempos, cuando todos somos tan endiabladamente duros, es necesario que exista una persona frente a la cual nos comportemos como si fuéramos sir Roger de Coverly; y para mí has sido esa persona desde hace mucho tiempo. Y supe siempre que tú callabas porque creías que era Robert quien había tomado el dinero, y que se sentiría seguro cuando todos acusaran a Martin. Y eso no contribuyó a facilitarme las cosas.

BETTY.—*(Con aguda ironía.)* ¿No? ¡Qué lástima! ¡Qué personaje tan noblemente romántico eres!

ROBERT.—*(Dulcemente.)* Domínate, Betty. Tú no comprendes.

FREDA.—*(Con amargura.)* ¿Cómo podría comprender?

BETTY.—*(Indignada, volviéndose hacia* FREDA.*)* ¿Por qué dices eso, en ese tono de voz?

OLWEN.—*(A* STANTON.*)* ¿Sabes? Estuve a punto de hacerte mi confidente. Y eso hubiera podido modificar las cosas. Pero elegí un mal momento.

STANTON.—*(Ansiosamente.)* ¿Por qué? ¿Cuándo fue? Cuéntame.

OLWEN.—Te dije que aquella noche me quedé sentada en el coche, durante un tiempo, sin poder hacer nada. Pero luego, cuando me sentí mejor, pensé que tenía que contarlo a alguien, y tú eras la persona más cercna...

STANTON.—*(Alarmado.)* Pero ¿no fuiste allí... aquella noche?

OLWEN.—*(Tranquilamente.)* Sí, fui. Conduje el coche hasta tu casita en Church Marley, aquel sábado por la noche. Llegué alrededor de las once, o poco después. Dejé el coche en un sendero y caminé hasta tu casita. Y luego... emprendí el regreso.

STANTON.—¿Fuiste hasta la casa?

OLWEN.—Sí, sí... No seas estúpido, te lo ruego, Stanton. Fui hasta tu casa y vi lo bastante para volverme en seguida.

STANTON.—De modo que entonces fue cuando viniste. Después de eso, supongo, ya no había remedio.

OLWEN.—Claro que no. Y eso añadió el último toque a aquella noche. Creo que nunca he vuelto a experimentar los mismos sentimientos hacia la gente... no solo de aquí, sino hacia todos, hacia las personas que entran en la oficina o se sientan al lado de uno en los trenes y en los ómnibus..., a partir de aquella noche. Sé que es estúpido, pero no lo puedo remediar. Y *(Haciendo un esfuerzo para sonreír.)* supongo que habréis notado que perdí todo interés por las casas de campo.

FREDA.—*(Con malicia.)* Sí; hasta Betty lo observó. (BETTY *rompe en sollozos e inclina la cabeza.)*

ROBERT.—Pero ¿qué te pasa, Betty?

GORDON.—¡Qué embustera eres, Betty?

BETTY.—*(Con voz apagada.)* ¿Acaso no hemos sido todos embusteros?

ROBERT.—*(Intrigado.)* Pero tú no has mentido, Betty.

GORDON.—¡No seas necio, Robert! Claro que ha mentido. Lo ha hecho furiosamente.

ROBERT.—¿En qué?

FREDA.—¿Por qué no se lo preguntas?

OLWEN.—*(Con voz cansada.)* ¿Qué importancia tiene? Dejad en paz a esa criatura.

BETTY.—No soy una criatura. Es el error que habéis cometido todos vosotros.

ROBERT.—*(Que ha estado reflexionando.)* ¿No será que tú... y Stanton...? *(Pausa. Ella no contesta.)* ¿Es eso lo que queréis decir? (BETTY *se mantiene inmóvil y los mira desafiante.)* ¿Por qué no les dices que eso es ridículo?

FREDA.—*(Con desdén.)* ¿Cómo podría decirlo? No seas absurdo.

OLWEN.—*(Con dulzura.)* ¿Comprendes, Robert? Los vi a ambos en la casa de Stanton, aquella noche.

ROBERT.—Lo siento, Olwen, pero no puedo creerlo aunque seas tú quien lo afirme. Además, hay otras posibles explicaciones.

STANTON.—Basta ya, Caplan. Hemos oído demasiado de esas cosas. Me marcho.

ROBERT.—*(Furioso.)* No te marcharás.

STANTON.—No seas tonto. No es asunto tuyo.

FREDA.—*(Maliciosamente.)* En eso te equivocas, Stanton. Aquí es donde comienzan realmente los asuntos de Robert.

ROBERT.—Espero una respuesta, Betty.

BETTY.—*(Asustada.)* ¿Qué quieres que te diga?

ROBERT.—¿Estabas con Stanton en su casa?

BETTY.—*(En un susurro.)* Sí.

ROBERT.—¿Fuiste su amante?

BETTY.—Sí. *(Se vuelve e inclina la cabeza.)*

ROBERT.—*(Sin hacer un movimiento, pero con gran pasión; mirando a* STANTON.) ¡Dios mío, podría...! *(Una pausa; luego se dirige a* BETTY, *muy agitado.)* Pero ¿por qué, por qué..., en nombre de Dios..., por qué? ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste?

BETTY.—*(Animándose de pronto.)* ¿Cómo pude? Pues porque no soy una criatura ni una muñequita. Insististeis en aclarar todo esto y ahora tendréis que soportarlo. Sí; estuve con Stanton aquella noche y también otras. Y él no está enamorado de mí, bien lo sé, ni yo estoy enamorada de él. No me casaría con él si pudiera. Pero logré que me sucediera algo. Gordon me volvía loca. Si necesitáis llamar criatura a alguien, decídselo a él, porque no es más que eso. Este nuestro maldito casamiento, que os puso tan sentimentales a todos vosotros, es la más grande farsa que haya existido nunca. No es un matrimonio. Es, simplemente, nada... Simulación, simulación, simulación. La querida Betty y el querido Gordon, que no hace más que soñar con su Martin, ¡y de solo verlo me dan ganas de gritar! *(Su voz se ha convertido en un grito.)*

FREDA.—Betty, no sigas...

BETTY.—No es culpa mía. Estaba enamorada de él cuando nos casamos y creía que todo iba a ser maravilloso. Nunca hubiera mirado a otro hombre si Gordon se hubiese mostrado... real. Pero, simplemente, no lo es. Ni siquiera es capaz de *hablarme.*

GORDON.—¡Por el amor de Dios, cállate, Betty!

BETTY.—*(Con énfasis, chillando.)* No quiero callarme. ¿Queréis la verdad? Pues bien: oídla. Nada me importa. Mi matrimonio no me ha dado más que vergüenza y dolor.

OLWEN.—Estás diciendo tonterías, Betty.

BETTY.—Si yo fuera la linda muñequita que todos creíais, tal vez no me hubiera importado. Pero no lo soy, y tampoco una criatura. Soy una mujer. Y Stanton fue el único en darse cuenta de lo que ocurría, el único que supo tratarme como mujer.

GORDON.—*(Con desprecio.)* No te haría reproches si te hubieras enamorado; pero esto no es más que una innoble y baja aventura que no merecía tantas mentiras. ¿Supongo que Stanton era el tío rico de América que te hacía esos regalos tan costosos?

BETTY.—Sí; lo era. Ni siquiera fuiste capaz de generosidad, aunque hubieras dado todo lo que teníamos a tu querido Martin. Yo sabía que Stanton no me amaba, de modo que obtuve de él todo lo que pude. (STANTON *la mira y sonríe con una mezcla de diversión y sorpresa.)* Lo tienes bien merecido. Los hombres que dicen amar a una mujer y pasan su fines de semana con otra merecen cualquier cosa.

FREDA.—*(A* STANTON.) ¿Por eso te encontraste repentinamente sin dinero y tuviste que recurrir a aquellas quinientas libras?

STANTON.—Sí. Es curioso cómo todo se explica, ¿verdad?

GORDON.—Entonces, Betty tiene la culpa de todo, de tanta suciedad, de lo que sufrió Martin.

BETTY.—*(Dirigiéndose a todos.)* ¿Veis? Siempre Martin. Si es mía la culpa por todo eso, entonces, Gordon, el verdadero responsable eres tú. Porque es tuya la culpa de lo que me ha sucedido. Nunca debiste casarte conmigo.

GORDON.—No podía adivinarlo. Fue una equivocación.

FREDA.—*(Con amargura.)* Parece que en nuestra familia siempre nos equivocamos así.

BETTY.—*(Caminando hasta el extremo del piano.)* Debí haberte abandonado mucho antes de esto. Esa fue «mi» equivocación. Continuar... tratando de soportarlo como me fuera posible..., fingiendo estar casada con alguien que no existía, que estaba muerto.

GORDON.—Sí; creo que estoy muerto. Creo que he muerto el pasado verano. Olwen me mató.

OLWEN.—Gordon, eso que dices no es justo. Además es estúpido y afectado.

GORDON.—*(Tranquilo.)* Puede parecer así, pero no lo es. Lo digo sinceramente, Olwen.

ROBERT.—*(Que acaba de beber medio vaso de* whisky *puro.)* Yo inicié esto, ¿verdad? Pues bien: lo terminaré. Voy a decir algo, Betty: yo te veneraba. Lo sabías, creo.

FREDA.—Tiene que haber sido muy tonta para no saberlo.

ROBERT.—*(A* FREDA. *No está borracho, pero habla con voz ronca y sus modales muestran agitación.)* Estoy hablando con Betty ahora. Puedes dejarnos en paz un momento. *(A* BETTY.) ¿Te diste cuenta de mis sentimientos, Betty?

BETTY.—Sí. Pero no me importaban mucho.

ROBERT.—*(Con amargura.)* Claro. ¿Por qué habrían de importarte?

BETTY.—No, no es eso. Pero sabía que no estabas enamorado de mí. No me conocías. Venerabas la imagen que te habías formado de mí. Y no es la misma cosa.

ROBERT.—No hice mucho por conocerte. No podía, ¿sabes? Creía que tú y Gordon erais razonablemente felices juntos...

BETTY.—Sí. Fue una buena comedia, ¿verdad?

ROBERT.—Muy buena. *(Va a servirse otro vaso.)*

GORDON.—Es cierto. ¿Qué habría pasado si hubiésemos continuado fingiendo tan descabelladamente que éramos felices juntos?

BETTY.—Nada.

GORDON.—*(Pensándolo.)* No. Si hubiésemos fingido durante el tiempo suficiente, creo que tal vez hubiéramos llegado a sentirnos verdaderamente felices algunas veces. A menudo sucede así.

BETTY.—Nunca.

OLWEN.—Sí; es posible. Por eso todo esto ha sido un gran error. La verdad «real» es algo tan profundo que no puede alcanzarse de esta manera. Y esta semiverdad solo sirve para estropearlo todo. No es «decente».

STANTON.—Lo mismo pienso yo.

ROBERT.—*(Luego de beber otro vaso, cínicamente.)* ¡Tú piensas lo mismo!

STANTON.—No esperes condolencias de mí, Caplan.

ROBERT.—¡Condolencias tuyas! ¡No quiero verte nunca más, Stanton! ¡Eres un ladrón, un tramposo, un embustero, un sucio y vulgar seductor!

STANTON.—Y tú eres un necio, Caplan. Pareces fuerte, pero no lo eres. Tienes mucho en común con el loco de tu hermano. Te niegas a ver la realidad tal como es. Has vivido en un paraíso de tontos y ahora, habiéndolo perdido por lo que sucedió esta noche..., todo obra tuya..., te dedicas a construir un infierno de tontos para vivir en él.

ROBERT.—*(Tomando el vaso que ha dejado* STANTON.*)* Creo que este era tu vaso, Stanton. *(Se acerca a la ventana y lo arroja fuera.)* Y ahora, puedes seguirlo. ¡Vete! *(Se sirve otro vaso.)*

STANTON.—Buenas noches, Olwen. Lamento todo esto.

OLWEN.—También yo. *(Le ofrece la mano; él la estrecha.)* Buenas noches.

STANTON.—Buenas noches, Freda.

FREDA.—Buenas noches.

STANTON.—*(Volviéndose al llegar a la puerta. A* BETTY *y* GORDON.*)* ¿Supongo que vosotros os marcháis?

GORDON.—No contigo. Y no olvides, Stanton, que debes quinientas libras a la Compañía... y tu renuncia.

STANTON.—¿De modo que vas a tomarlo así?

GORDON.—Sí; voy a tomarlo así.

STANTON.—Lo lamentarás. Buenas noches. *(Con irónica cortesía.)* No, no os molestéis. Ya encontraré el camino.

OLWEN.—No te precipites, Gordon. A pesar de sus defectos, Stanton es un excelente hombre de negocios. Si se retira, la firma se perjudicará.

GORDON.—No puedo hacer nada. Me sería imposible trabajar con él después de esto. Que la Compañía se perjudique. No hay remedio.

ROBERT.—No te preocupes. No se trata de que la Compañía sufra o no. La Compañía ha estallado en mil pedazos «ahora».

FREDA.—Tonterías.

ROBERT.—¿Sí? No pienso eso.

GORDON.—*(Amargamente.)* Bueno, querida Betty; creo que es hora de regresar a nuestro hogar tan feliz, a nuestro adorado nidito...

BETTY.—¡Por favor, Gordon!

FREDA.—*(Saliendo con* GORDON.) Te acompañaré.

ROBERT.—*(Mientras* BETTY *avanza para marcharse.)* Adiós. *(La mira fijamene.)*

BETTY.—¿Por qué me miras así?

ROBERT.—No me despido de «ti». No te conozco. Nunca te he conocido, parece. Me despido de esto. *(Señala su cara y su cuerpo.)* Nada más. *(Se vuelve bruscamente y llena otro vaso.* BETTY *le mira unos segundos; luego sale rápidamente.)*

OLWEN.—*(Angustiada.)* Robert, te ruego que no bebas más esta noche. Yo sé cómo te sientes, pero solo servirá para agravarlo... de veras.

ROBERT.—¿Qué puede importar? De todos modos, estoy acabado.

OLWEN.—Robert, no puedo soportar verte así. No sabes cómo me duele.

ROBERT.—Lo siento, Olwen, lo siento de veras. Eres la única que ha salido intacta de todo esto. Lo sé. Es extraño, ¿verdad?, que hayas tenido esos sentimientos por mí durante todo este tiempo...

OLWEN.—Sí; durante todo este tiempo.

ROBERT.—Lo lamento.

OLWEN.—Yo, no. Quiero decir, no lo lamento por mí. Debería hacerlo, supongo, pero no puedo. Me hacía sufrir mucho, a veces; pero me ayudaba a vivir.

ROBERT.—Sí; lo entiendo. Y ya lo ves, ahora no tengo nada que me ayude. Algo se ha roto dentro de mí.

OLWEN.—Mañana no será terrible. Nunca lo es.

ROBERT.—No será mejor mañana, Olwen.

OLWEN.—Freda te ayudará también. Al fin y al cabo, Robert, ella te quiere.

ROBERT.—No; de veras que no. No quiero decir que me tenga antipatía de manera constante. Pero a veces me odia..., y ahora lo comprendo, naturalmente. Me odia porque yo soy Robert Caplan y no Martin; porque él está muerto y yo vivo.

OLWEN.—Tal vez cambien sus sentimientos... después de esta noche.

ROBERT.—Tal vez. Lo dudo. Ella no cambia fácilmente, eso es lo malo. Y además, ¿sabes?, ya no me importa. Eso es lo que cuenta. Que ella cambie o no, no me importa.

OLWEN.—*(Con profunda emoción.)* Y sabes, Robert, que no hay nada que yo no sea capaz de hacer. Yo... *(Con una risita.)* me fugaría contigo ahora mismo si lo quisieras.

ROBERT.—*(Con naturalidad.)* Te lo agradezco muchísimo, Olwen. Pero aquí dentro... no pasa nada. Esa es la maldita crueldad. Nada pasa. Todo está hueco, vacío. (FREDA *entra y cierra la puerta.)*

FREDA.—Estoy segura de que no es oportuno decirlo en semejante momento; pero la verdad es que tengo hambre. ¿Y tú, Olwen? ¿Y tú, Robert? ¿O has bebido demasido?

ROBERT.—Sí; he bebido demasiado.

FREDA.—Pues has hecho una tontería.

ROBERT.—*(Cansado.)* Sí. *(Oculta la cara en las manos.)*

FREDA.—Y fuiste tú quien quiso todo esto.

ROBERT.—*(Levantando a medias la cabeza.)* Lo quise. Y lo tengo.

FREDA.—Aunque dudo que todo te importara mucho hasta que llegó Betty.

ROBERT.—Eso no es cierto. Pero comprendo que pienses así. ¿Sabes? A medida que toda esta suciedad iba saliendo afuera comencé a depender cada vez más de mis secretos pensamientos por Betty..., por alguien que parecía simbolizar algo hermoso de la vida.

FREDA.—Hace tiempo, naturalmente, que supe lo que sentías por Betty. Y también hace tiempo que me enteré de lo de Stanton: a veces pensé decírtelo.

ROBERT.—No lamento que no lo hayas hecho.

FREDA.—Pues deberías lamentarlo.

ROBERT.—¿Por qué?

FREDA.—Esa clase de autoengaño tiene algo de estúpido.

ROBERT.—¿Y lo tuyo con Martin?

FREDA.—Nunca me engañé. Sabía todo lo de él... o casi todo. No estaba enamorada de un ser inexistente, creado por mí.

ROBERT.—Creo que sí lo estabas. Todos lo hacemos.

OLWEN.—No es tan grave, entonces. Siempre es posible construir otra imagen y enamorarse de ella.

ROBERT.—No, no se puede. Eso es lo malo. Se pierde la capacidad de construirlas. Llega un momento en que carecemos de la materia necesaria para forjar bellas ilusiones, como si una glándula hubiera dejado de funcionar.

OLWEN.—Entonces, hay que aprender a vivir sin ilusiones.

ROBERT.—No se puede. Eso no es para nosotros. Hemos nacido demasiado temprano. Probablemente ahora estén engendrando seres que podrán vivir sin ilusiones. Espero que sea así. Pero yo no puedo hacerlo. He vivido entre ilusiones...

FREDA.—*(Asperamente.)* Es cierto, lo has hecho.

ROBERT.—*(Con creciente excitación.)* Bueno, ¿y qué? Me han dado esperanza y valor. Me han ayudado a vivir. Tal vez deberíamos obtener todo eso de la simple fe en la vida. Pero yo no tengo ninguna fe. Ni religión ni cosa comparable. Nada más que esta maldita casa de campo donde vivir. Nada más. Y solo unas pocas, condenadas glándulas y secreciones y nervios para hacerlo. Pero no me parecía tan malo. Tenía mis pequeñas ilusiones, sabéis...

FREDA.—*(Amargamente.)* ¿Por qué no las dejaste en paz, entonces, en lugar de ponerte a clamar por la verdad toda la noche, como un necio?

ROBERT.—*(Muy excitado ahora.)* Porque «soy» un necio. Stanton tenía razón. Esa es la única respuesta. Tenía que destruirlo todo, como un niño jugando con fuego. Cuando empezó la velada, era dueño de cosas que me sostenían. Tenía buenos recuerdos de Martin. Una esposa que no me quería, pero que, por lo menos, parecía ser demasiado buena para mí. Tenía dos socios a los que respetaba y quería. Una muchacha que me era posible idealizar. Y ahora...

OLWEN.—*(Angustiada.)* No, Robert..., por favor. Ya sabemos.

ROBERT.—*(Frenético.)* Pero no sabéis, no podéis saberlo como lo sé yo... Si lo supierais, os sería imposible quedaros así, como si estuviéramos discutiendo cualquier maldita estupidez, una jugada de bridge o algo semejante.

OLWEN.—Freda, ¿no puedes...?

ROBERT.—¿No veis que ya no vivimos en el mismo «mundo»? Todo ha desaparecido. Mi hermano era un loco obsceno...

FREDA.—*(Brutalmente.)* Acaba con eso.

ROBERT.—Y mi mujer lo adoraba y lo perseguía. Uno de mis socios es un embustero, un tramposo, un ladrón. El otro..., Dios sabe qué es..., una especie de joven histérico y pervertido. *(Ambas mujeres tratan de calmarlo.)* Y la muchacha es una gatita voraz que anda por los tejados...

OLWEN.—*(Casi gritando.)* No, Robert, no. Esto es horrible, es una locura. Por favor, te lo ruego, no sigas. *(Más tranquila.)* No verás así las cosas mañana.

ROBERT.—*(Completamente loco.)* ¡Mañana! «¡Mañana!» Os digo que he terminado. He herminado. No puede haber un mañana. *(Va hacia la puerta, tambaleándose.)*

FREDA.—*(Gritando, corre hacia* OLWEN *y la toma de un brazo.)* ¡Tiene un revólver en su habitación!

OLWEN.—*(Gritando, corriendo hacia la puerta.)* ¡Detente, Robert! ¡Detente! ¡Detente! *(Durante los últimos segundos, la luz ha disminuido; ahora la oscuridad es completa. Se oye un disparo, un grito de mujer, un momento de silencio y luego un llanto femenino, exactamente como al principio del primer acto.* OLWEN, *en la oscuridad, con gran énfasis, pero con cierto matiz de misterio, dice:)* No puede suceder. No sucederá. *(Ahora se oye la voz de* MISS MOCKRIDGE, *muy baja, y las luces se encienden lentamente, mos-*

trando a las cuatro mujeres en los mismos lugares en que estaban al principio del primer acto.)

MISS MOCKRIDGE.—¿Cuántas escenas perdimos?

OLWEN.—Cinco, creo. (FREDA *se acerca a la radio y la apaga.)*

MISS MOCKRIDGE.—Supongo que habrían dicho muchas mentiras en esas escenas. Por eso estaba tan enojado aquel hombre. El esposo, quiero decir. *(Se oyen risas apagadas de los hombres en el comedor.)*

BETTY.—¡Oídlos!

MISS MOCKRIDGE.—Deben de estar festejando alguna indecencia.

BETTY.—No; chismes, nada más. Los hombres son muy chismosos.

FREDA.—Ya lo creo que sí. Y ahora que los tres son directores de la firma, tienen una excusa maravillosa.

MISS MOCKRIDGE.—¡Qué grupito tan armonioso forman ustedes!

OLWEN.—Encantador. No me gusta nada tener que dejarlo.

MISS MOCKRIDGE.—Estoy segura de que es así. Debe de ser muy agradable estar tan bien instalados.

BETTY.—Bastante lindo.

MISS MOCKRIDGE.—*(A* FREDA.) Pero me imagino que todos han de extrañar a su cuñado. Estaba aquí con ustedes, ¿verdad?

FREDA.—¿Usted se refiere a Martin, el hermano de Robert? (OLWEN, BETTY *y* FREDA *se miran; hay una pausa.)*

MISS MOCKRIDGE.—¡Oh! ¿He dicho algo inoportuno? Siempre lo hago.

FREDA.—*(Muy tranquila.)* No, de ninguna manera. Fue muy penoso para nosotros, entonces; pero ya pasó. Martin se pegó un tiro.

MISS MOCKRIDGE.—¡Oh, sí, algo horrible, desde luego! Era muy buen mozo, ¿verdad? *(Entra* STANTON, *seguido por* GORDON, *que va hasta el sofá y toma la mano de* BETTY.)

OLWEN.—Sí; muy buen mozo.

STANTON.—*(Condescendiente y jovial.)* ¿Quién es muy buen mozo? ¿Puede saberse?

BETTY.—Tú, no; Charles.

GORDON.—Se referían a mí. Betty, ¿por qué permites que hablen de tu marido en forma tan ardiente? ¿No tienes vergüenza, nena?

BETTY.—*(Tomándole la mano.)* Querido, estoy segura de que has abusado de la conversación masculina y del «brandy». *(Entra* ROBERT.)

ROBERT.—Lamento llegar tan tarde, Freda. Pero ese condenado cachorro tuyo...

FREDA.—¡Oh! ¿Qué ha hecho ahora?

ROBERT.—Quería comerse el original de la nueva novela de So-

nia Williams y temí que enfermara. Puede apreciar, miss Mockridge, cómo hablamos de ustedes, los novelistas.

MISS MOCKRIDGE.—Sí; lo he oído. Estaba diciendo que ustedes forman un grupo encantador. Creo que han tenido suerte.

STANTON.—No es solo suerte, miss Mockridge. Vea usted: sucede que todos tenemos muy buen carácter.

ROBERT.—Con excepción de Betty... Es terriblemente salvaje.

STANTON.—Eso se debe a que Gordon no la castiga lo suficiente todavía.

MISS MOCKRIDGE.—Observe, miss Peel: míster Stanton es un soltero cínico. Me parece que, en cierto sentido, echa a perder el conjunto.

GORDON.—*(Manejando la radio.)* ¿Qué perturbaciones hay esta noche? ¿Alguien lo sabe?

FREDA.—Vamos, Gordon. No vuelvas a encenderla. Acabamos de apagarla.

GORDON.—¿Qué escucharon?

FREDA.—La última parte de un drama.

OLWEN.—Se titulaba «El perro dormido».

STANTON.—¿Por qué?

MISS MOCKRIDGE.—No lo sabemos con exactitud... Termina con un hombre que se pega un tiro.

STANTON.—Cómo se divierten en la B.B.C.

FREDA.—Sí. Tiros y cosas por el estilo.

OLWEN.—Creo que ahora comprendo ese drama. El perro dormido era la verdad, y ese hombre, el esposo, insistió en molestarlo.

ROBERT.—Obró perfectamente bien.

STANTON.—¿Te parece? Quién sabe... Creo que decir la verdad es tan saludable como resbalar mientras doblamos una esquina a noventa kilómetros.

FREDA.—Y la vida tiene muchas esquinas peligrosas, ¿verdad, Charles?

STANTON.—Puede tenerlas si no se elige la ruta con acierto.

FREDA.—*(Con indiferencia.)* Hablemos de otra cosa. ¿Quién quiere beber algo? Bebidas, Robert. Y cigarrillos.

ROBERT.—*(Examinando la caja de cigarrillos de encima de la mesa.)* Aquí no hay.

FREDA.—Aquí quedan algunos. *(Avanza con la cajita de música para cigarrillos.)* Miss Mockridge, Olwen, ¿un cigarrillo? *(Ofrece la caja.)*

OLWEN.—*(Mirando la caja.)* ¡Ah, me acuerdo de esta cigarrera! Toca una melodía, ¿verdad? Me acuerdo de la melodía. Sí, la «Marcha nupcial». *(Abre la caja y se escucha la melodía.)*

GORDON.—*(Que ha estado manejando la radio.)* Un minuto. Escuchad. *(Se oye crecer en la radio la música de la canción «No hablemos de eso».)*

BETTY.—*(Poniéndose en pie.)* ¡Ah, me encanta esa canción!

STANTON.—¿Cómo se llama?

BETTY.—«No hablemos de eso».

MISS MOCKRIDGE.—¿Qué?

GORDON.—«No hablemos de eso». (ROBERT *retira la silla en que estaba sentada* MISS MOCKRIDGE. FREDA *empuja la mesa hasta la ventana.* STANTON *invita a bailar a* MISS MOCKRIDGE; *ella rehúsa.* OLWEN *se acerca a* ROBERT *y bailan. Todos están muy alegres y la música va subiendo de tono mientras baja el telón.)*

FIN DE
«ESQUINA PELIGROSA»

NOTA DEL AUTOR SOBRE

«ESQUINA PELIGROSA», «EL TIEMPO Y LOS CONWAY» Y «YO ESTUVE AQUI UNA VEZ»

Estas tres comedias son esencialmente obras de teatro y se han representado con éxito en varios países; en ellas no aliento grandes pretensiones metafísicas, porque soy un dramaturgo, no un filósofo, y si fuera filósofo no elegiría el teatro para exponer mis ideas. Sin embargo, vincula a las tres un interés común: el problema del tiempo, y su relación con él exige ciertas explicaciones de mi parte. Todas las obras tratan del tiempo de un modo insólito, pero no el mismo. Todas rechazan la concepción común del tiempo, pero cada una ofrece una solución particular del problema.

En *Esquina peligrosa,* la más antigua de las tres (fue la primera que escribí), el elemento tiempo es menos importante que en las otras, en las cuales el problema se discute de hecho. Pero no puede entenderse correctamente la acción de *Esquina peligrosa* si no se comprende que en ella acepto la posibilidad de un corte en el curso del tiempo, de manera tal que a partir de un momento dado se ponen en movimiento dos series alternativas de sucesos. La idea no es nueva, claro está; muchos novelistas ingeniosos han hecho buen uso de ella; y tampoco se han pasado por alto sus posibilidades teatrales; pero me considero autorizado a sostener que en *Esquina peligrosa* esa idea de dividir el tiempo para producir dos series alternativas de acontecimientos está presentada quizá con más agudeza e ingenio que en los cuentos y comedias anteriores. Uno o dos psicólogos a quienes conozco me han dicho que la obra puede interpretarse en un nivel más profundo de experiencia, en el cual mi caja de cigarrillos es otra versión simbólica de la famosa caja de Pandora.

Cuando escribí *El tiempo y los Conway* estaba yo bajo la influencia de la meditada teoría sobre el tiempo que J. W. Dunne ha expuesto en varios libros. Dunne no solo vino a ver la obra a Londres, sino que después de la representación hizo un intento, que me pareció galante pero un poco desesperado, de explicar su teoría a los actores. El libro que Alan menciona en el segundo acto debe atribuirse a Dunne. Según su teoría sobre el tiempo, cada uno de nosotros es una serie de observadores en series correspondientes de tiempos y solo en cuanto «observador uno» puede decirse que morimos, pues los observadores subsiguientes son inmortales. Dunne

llegó a esa teoría por el descubrimiento, que por mi parte creo válido, de que con frecuencia el futuro se nos revela en sueños. Explica que en sueños, cuando ya no desempeñamos funciones de «observador uno», el «observador dos» es quien tiene un atisbo (y Dunne explica por qué estos atisbos solo pueden ser fragmentarios) de los acontecimientos que aguardan al «observador uno» que se mueve en el «tiempo uno». De este modo, en un sueño, el «observador dos» enfoca a menudo sucesos que pertenecen al pasado y al futuro del «observador uno»; y como ese «observador dos» tiene una visión tetradimensional, completamente distinta de la del «observador uno», nuestras experiencias del sueño son sorprendentemente distintas de las de la vigilia, y Dunne, con su teoría del serialismo las ha explicado con extraordinario ingenio. Los lectores que deseen conocer más el asunto han de estudiar su *Experimento con el tiempo* y *El Universo serial.*

Y ahora veamos *El tiempo y los Conway.* Algunas personas sencillas han declarado que en esta pieza hay mucha bulla para nada, que se reduce a representar el tercer acto en lugar del segundo y este al final. Por supuesto, es una crítica ridícula. Deberían haber observado que Kay Conway nunca se halla fuera de escena durante el segundo acto, aunque está ausente con frecuencia en el primero y en el tercero. La razón reside en que el segundo acto es un atisbo del futuro por Kay, o como lo dice el serialismo, el «observador dos» de Kay ve lo que ocurrirá años después al «observador uno». Sola, tranquila después de una gran excitación, mientras escucha soñadora la música, la muchacha tiene la visión de una escena de futuro, y el segundo acto es esa visión. El tercer acto retoma la historia de la joven Kay del primero, pero la misma Kay, con su «observador dos» todavía despierto y recordando a medias, es ahora diferente de lo que era en el primer acto; de ahí su llamamiento a Alan al final de la obra. Llevaría mucho espacio y tiempo exponer toda la acción de esta obra en términos de serialismo, pero afortunadamente no es necesario hacerlo ni aquí ni en el teatro donde la obra (que vi hace pocos días, espléndidamente representada en el *Josefstadt,* en Viena) puede tener éxito por sus virtudes teatrales. Pero quizá deba añadir que la teoría del tiempo expuesta en ella es la más próxima a mí, y que de las tres comedias, *El tiempo y los Conway* es mi favorita.

Como lo anuncié cuando se estrenó, *Yo estuve aquí una vez* se basa en una idea que encontré en *Nuevo modelo del universo,* de Ouspensky, sobre la recurrencia modificada que explica con cierta extensión el doctor Görtler en dicha comedia. No creo en esta teoría sobre el tiempo, aunque me fascinó la exposición de Ouspensky por la vivacidad de su imaginación. Pero despertó la mía, y aún recuerdo la hora y el lugar, el momento exacto (yo estaba desnudándome para acostarme, en un rancho cerca de Wichenburg, Arizona), cuando se me ocurrió el tema, y recuerdo cómo quedé, a medio desvestir, sintiendo un hormigueo de excitación. A diferencia de las otras piezas de este volumen, escritas rápidamente y apenas retocadas des-

pués, *Yo estuve aquí una vez* me dio gran trabajo y hube de escribirla varias veces. Aunque es tan teatral como las otras dos y quizá ofrece mayores oportunidades para el actor, nunca ha sido tan popular ni se ha representado en tantos países. Por otra parte, en las giras teatrales se ha dado ante públicos no sofisticados, a muchas millas de las grandes ciudades y de sus teatros, y esa gente sencilla, tengo entendido, la comprendió y gustó. Me agradaría verla de nuevo; en cambio, no me siento capaz de caminar media milla para ver la mejor representación posible de *Esquina peligrosa.* Pero aquí el lector, como allá el espectador, debe elegir por su cuenta. Podemos brindarle *corte en el tiempo, tiempo serial y tiempo circular,* y a la vez un grupo de personas un poco parecidas, en su mayoría, a nosotros mismos.

J. B. PRIESTLEY.

FIN DE
«TEATRO COMPLETO
DE J. B. PRIESTLEY»